



# COLEGIO SANTO DOMINGO



Educación Secundaria- Ciclo Orientado Ciencias Sociales

## Cultura Clásica

Profesora: Zulema Fonseca

Alumno-a: .....

Curso: 4° Año A

Año: .....

## EJE I: "LA FIGURA DEL HÉROE"

- *El héroe en la cultura clásica*
- *La cuestión homérica*

“La Ilíada” selección de cantos

- ✓ *Aquiles y la Hybris*
- ✓ *Héctor y Paris*
- ✓ *Odiseo y el caballo de Troya*

“La odisea” primera y segunda parte

- *Telemaquia*
- *Odiseo y los viajes*

## EJE II: "LA VENGANZA"

“La odisea” Tercera parte

- *La venganza de Odiseo a los pretendientes*
  - ✓ *La prueba del arco*
  - ✓ *La anagnórisis con Penélope*

“La Eneida”

- *Eneas y Dido*
- *Fundación de una nueva Troya en Italia*
- *Intertextualidad con Rosario Castellanos/poema “Dido”*

## EL HÉROE

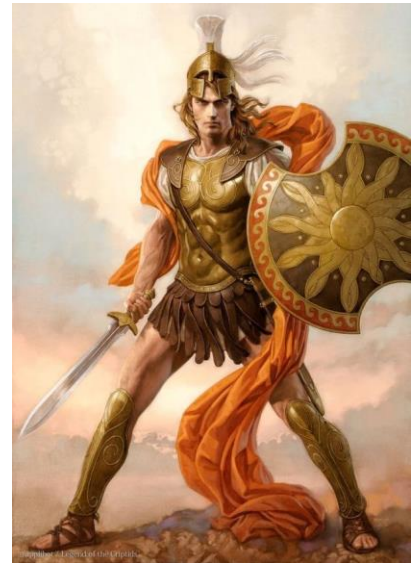
En la mitología y el folclore, un héroe (del griego antiguo ἦρως - ἥērōs) o heroína (femenino) es un personaje eminente que encarna la quintaesencia de los rasgos claves valorados en su cultura de origen. Comúnmente el héroe posee habilidades y rasgos de personalidad idealizados que le permiten llevar a cabo hazañas extraordinarias y beneficiosas («actos heroicos») para salvar a las personas del peligro, por las que es reconocido (compárese con el villano). En la narración mitológica se conforma por un inicio casi siempre extraordinario, mediado de diversos conflictos que se resuelven, y un evento final en donde el héroe se confronta con su contrario (ya sea un individuo o conjunto de individuos) y finalmente muere (ya pierda o gane) de manera gloriosa para servir de ejemplo al género humano.

### Etimología y definición

La palabra héroe proviene del griego antiguo ἦρως (hērōs) y podía ser aplicado tanto a hombres como a mujeres ilustres. El concepto apareció por primera vez en Grecia y fue aplicado en la cultura por Píndaro quien distingue entre dioses, héroes y hombres. A su vez Platón distingue entre dioses, demonios o demonios, héroes y hombres. En la época arcaica Hesiodo define héroe como «semidiós» o «dios local» mientras que Aristóteles declara que los héroes eran, tanto física como moralmente, superiores a los hombres. Pero el significado moderno de héroe o semidiós aparece con latinos como Cicerón; y con el célebre Virgilio.

### La definición que Kerengi da del héroe es:

Recibe un culto (de hecho, buena parte del culto se consagra a los héroes [griegos]); pero no es, en modo alguno una divinidad. Tampoco es un ser humano, o por decir mejor, ya no es un ser humano. Ha sido un hombre, o una mujer, tras haber vivido, ha sufrido una muerte heroizadora. La muerte le ha conferido un estatus como figura religiosa, activa tanto en el culto como en el mito. Por esto los hombres actuales pueden solicitar su ayuda, o intentar conjurar su cólera; se dirigen a él, le invocan y, en último lugar, aunque no menos importante, cantan sus altas proezas, los designios de Dios, han sido constituidos como mediadores entre la divinidad y los otros mortales, aquellos que todavía no han alcanzado la bienaventuranza eterna.



### Northop divide a la ficción dependiendo la acción del héroe:

- Si es superior a los hombres y a la naturaleza misma entonces estamos hablando del ámbito de la mitología.
- Si es superior a los hombres, pero no a la naturaleza hablamos entonces de la épica y la tragedia, semejante a la idea de héroe que tenía en mente Aristóteles.
- Si no es superior ni a los hombres ni a la naturaleza entonces hablamos de la comedia y de la ficción realista (aquella que habla sobre personajes históricos).

### Descripción del héroe

Según el crítico de la Generación del 27 Pedro Salinas, el héroe literario fue, sucesivamente:

1. El inmortal, o héroe del mito.

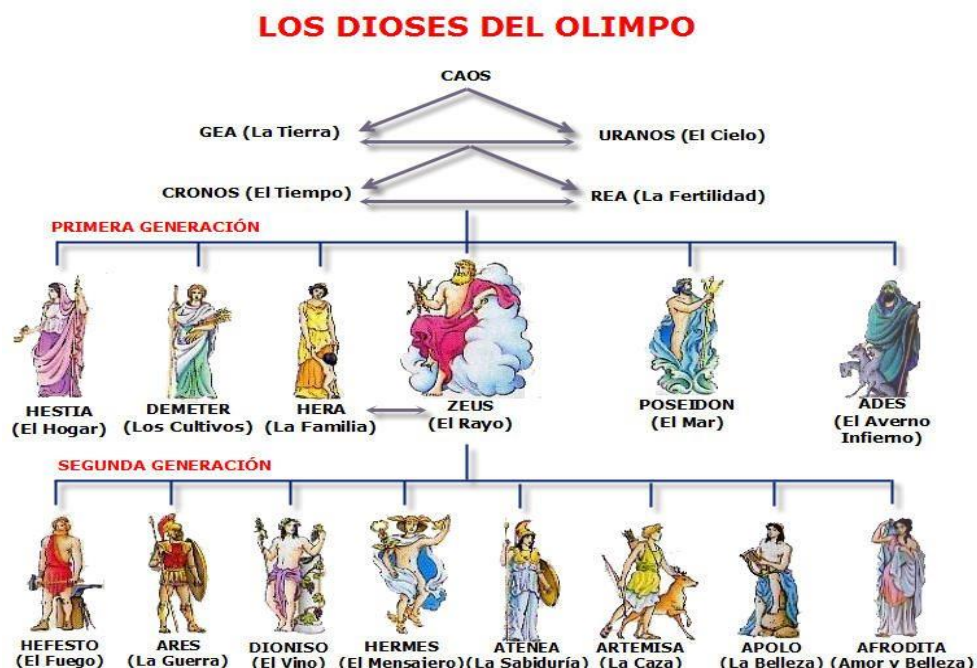
2. El guerrero, o héroe de la epopeya o cantar de gesta medieval.
3. El ser excelso, o héroe idealizado de las novelas sentimentales del renacimiento y el romanticismo.
4. Un hombre corriente, o héroe de clase media o burguesa de la novela realista y naturalista del siglo XIX. El tránsito del tercer estadio al último se verifica, según él, con el antihéroe de la novela picaresca española, en los siglos XVI y XVII.

## EL HÉROE EN LA MITOLOGÍA CLÁSICA

Los héroes mitológicos de las culturas griega, romana, germánica u otras. Los héroes más célebres se acercan al estatus de dioses en algunas culturas. La palabra héroe procede del griego antiguo (ἦρως hērōs), y describe al héroe cultural que aparece en la mitología. Los héroes griegos eran personajes mitológicos, fundadores epónimos de ciudades y territorios griegos. Estos héroes no siempre eran modelos de conducta o poseían virtudes heroicas; muchos eran semidioses, hijos de mortales y dioses. La época de estos héroes en la que se sitúan las historias de la mitología griega se conoce como la «edad heroica», que termina poco después de la Guerra de Troya, cuando los legendarios combatientes volvieron a sus hogares o marcharon al exilio.

El héroe clásico tiene lo que Lord Raglan denominó una «biografía cultivada» compuesta de unas dos docenas de tradiciones comunes que ignoraban la línea que separa el hecho histórico del mito. Por ejemplo, las circunstancias de su mismo nacimiento son inusuales: un hombre poderoso intenta matarlo al nacer, es raptado y criado por padres adoptivos en un país lejano. Rutinariamente el héroe encuentra una muerte misteriosa, a menudo en la cima de una colina, su cuerpo no es enterrado, no deja sucesores y tiene uno o más sepulcros sagrados.

En la mayoría de las religiones indígenas europeas aparecen héroes en alguna de sus formas. Los héroes germánicos, helénicos y romanos, junto con sus atributos y formas de adoración, fueron ampliamente absorbidos por las confesiones ortodoxa y católica del cristianismo, constituyendo la base del actual culto a los santos.



## El ciclo de Troya

### La manzana de la discordia

Paris, uno de los hijos de Príamo (el rey de Troya), debe decidir quién es la más bella de las diosas entre Hera, Atenea y Afrodita. Paris elige a esta última. Afrodita le había prometido que lograría que Helena, la más hermosa de las mujeres, se enamorara perdidamente de él. Enojadas por el veredicto de Paris, Hera y Atenea se alían para lograr la destrucción de Troya.

### El rapto de Helena

Helena estaba casada con Menelao (rey de Esparta), el hermano de Agamenón (rey de Micenas y jefe de la liga aquea). Paris viaja a Esparta y logra que Helena vaya con él hacia Troya.

### Se declara la guerra

Menelao le pide a su hermano Agamenón que reclute un ejército para marchar contra Troya. Entre los muchos héroes que forman la coalición aquea, se encuentran Néstor, Ulises, Aquiles, los dos Ájax, Patroclo... Los aqueos navegan hacia el Asia Menor y sitian la ciudad de Troya. También atacan otras ciudades de la región, que se habían aliado con Troya.



### La cólera de Aquiles

Han pasado diez años desde que comenzó la guerra. Agamenón devuelve a una prisionera, Criseida, hija de un sacerdote de Apolo, para evitar el castigo del dios. Para compensar esta pérdida, decide quitarle a Aquiles una de sus esclavas, Briseida. Aquiles se enfurece y anuncia que no seguirá luchando. El ejército troyano avanza sobre el aqueo. Agamenón envía una embajada para pedirle a Aquiles que vuelva a combatir, pero este se rehúsa.

### Aquiles vuelve a la pelea

Héctor, uno de los hijos de Príamo (el rey de Troya), mata a Patroclo, el mejor amigo de Aquiles. Este decide retornar al campo de batalla para vengar la muerte de su amigo. Aquiles lucha cuerpo a cuerpo contra Héctor, lo mata y arrastra su cadáver tras su carro hasta el campamento aqueo. Más tarde, Príamo recuperará el cuerpo de su hijo pagando su peso en oro. Paris mata a Aquiles clavándole una flecha en el talón, el único lugar vulnerable de su cuerpo.

### El caballo de madera y la destrucción de Troya

Los aqueos construyen un enorme caballo de madera hueco. Mediante un engaño, logran que los troyanos lo introduzcan en la ciudad. En el interior del caballo, están los mejores guerreros aqueos.

Creyendo que son los vencedores, los troyanos celebran y se emborrachan. Durante la noche, los aqueos salen del caballo y hacen entrar al resto del ejército. Saquean la ciudad, matan a sus habitantes e incendian el lugar.



### Preparando la vuelta al hogar

Terminada la guerra, Agamenón discute con Menelao. El primero quiere hacer sacrificios a Atenea antes de volver a la patria, en tanto que el segundo es partidario de regresar inmediatamente. Cada uno hace lo que le parece mejor, y la liga se divide para seguir a uno o a otro.

### Regresos accidentados

En general, los aqueos tienen dificultades para regresar a sus hogares. Y los que finalmente llegan, después de una ausencia tan prolongada, suelen encontrar problemas en casa.

Las naves de Menelao son arrasadas por una tormenta a Creta y de allí van hasta Egipto. Finalmente, Menelao y Helena logran llegar a Esparta.

Néstor, que siempre se había mantenido prudente y piadoso con los dioses, es el único que regresa sin problemas y tiene una vejez feliz en su tierra, Pilos.



### El regreso de Ulises

El más complicado de todos los regresos es el de Ulises. Una vez que sale de Troya, debe viajar durante otros diez años antes de llegar a su hogar en la isla de Ítaca.

## Homero (Siglo VIII a.C.)



A este ilustre poeta griego se le atribuye la autoría de la *Ilíada* y la *Odisea*, los dos grandes poemas épicos de la antigua Grecia. En palabras de *Hegel*, Homero es «el elemento en el que vive el mundo griego como el hombre vive en el aire». Admirado, imitado y citado por todos los poetas, filósofos y artistas griegos que le siguieron, es el poeta por antonomasia de la literatura clásica, a pesar de lo cual la biografía de Homero aparece rodeada del más profundo misterio, hasta el punto de que su propia

existencia histórica ha sido puesta en tela de juicio.

Las más antiguas noticias sobre Homero sitúan su nacimiento en Quíos, aunque ya desde la Antigüedad fueron siete las ciudades que se disputaron ser su patria: Colofón, Cumas, Pilos, Ítaca, Argos, Atenas, Esmirna y la ya mencionada Quíos. Para [Semónides de Amorgos](#) y [Píndaro](#), sólo las dos últimas podían reclamar el honor de ser su cuna.

Aunque son varias las vidas de Homero que han llegado hasta nosotros, su contenido, incluida la famosa ceguera del poeta, es legendario y novelesco. La más antigua, atribuida sin fundamento a [Heródoto](#), data del siglo V a.C. En ella, Homero es presentado como el hijo de una huérfana seducida, de nombre Creteidas, que le dio a luz en Esmirna. Conocido como Melesígenes, pronto destacó por sus cualidades artísticas, iniciando una vida bohemia. Una enfermedad lo dejó ciego, y desde entonces pasó a llamarse Homero. La muerte, siempre según el seudo Heródoto, sorprendió a Homero en Íos, en el curso de un viaje a Atenas.

Los problemas que plantea Homero cristalizaron a partir del siglo XVII en la llamada «cuestión homérica», iniciada por *François Hédelin*, abate de Aubignac, quien sostenía que los dos grandes poemas a él atribuidos, la *Ilíada* y la *Odisea*, eran fruto del ensamblaje de obras de distinta procedencia, lo que explicaría las numerosas incongruencias que contienen. Sus tesis fueron seguidas por filólogos como Friedrich August Wolf. El debate entre los partidarios de la corriente analítica y los unitaristas, que defienden la paternidad homérica de los poemas, sigue en la actualidad abierto.

### Su obra

La iconografía grecorromana ha consagrado el noble rostro barbado de un anciano ciego como el de Homero, siendo ésta es la imagen que ha atribuido la tradición al poeta que escribió la *Ilíada* y la *Odisea*, los dos poemas épicos con que se inaugura la literatura griega y la occidental y cuyo vigor lírico y narrativo permanece fresco desde hace miles de años. Su nombre y sus obras han alcanzado la gloria y

alimentado mitos, narraciones y leyendas a través de los siglos, sin que hayan perdido su fuerza original.

La mayor parte de la literatura griega se nutrió del inmenso caudal de leyendas y tradiciones que desde tiempos remotos se transmitía oralmente de generación en generación. También la poesía épica se transmitía oralmente en sus orígenes: un aedo o un rapsoda la cantaba o recitaba de memoria ante un público que desconocía la escritura. Los *aedas* eran músicos ambulantes que cantaban poemas épicos acompañándose con instrumentos de cuerda; los *rapsodas* recitaban sin cantar, llevando el ritmo con los golpes de un bastón.

La perfección y la calidad de la *Ilíada* y la *Odisea*, considerados obras maestras de la literatura occidental, sólo se explica por la existencia de toda una tradición previa sobre la Guerra de Troya que aedas y rapsodas fueron elaborando y refinando durante siglos y que culmina en los grandiosos poemas homéricos. A pesar de que Homero se sirve de los procedimientos de la tradición oral, es indudable que en ambos poemas hay un propósito poético, un plan y una estructura que revela la actividad de un poeta consciente de su arte.

La naturaleza oral del estilo de la *Ilíada* y la *Odisea* es indudable. Esta certidumbre se debe a la repetición cada cierto tiempo de unas determinadas fórmulas: por ejemplo los epítetos: "la Aurora de dedos rosados"; "Aquiles, el de los pies ligeros", siempre en las mismas condiciones métricas. Después de un largo período de transmisión oral, el texto se habría fijado en su forma definitiva en Atenas durante el siglo VI a.C., por iniciativa del tirano *Pisístrato*.

En sus poemas, Homero no trazó una historia completa de la Guerra de Troya (que conocemos por otras fuentes), sino que escogió dos episodios de la leyenda troyana para recrearlos. Así, en la *Ilíada* se narra el último año de la Guerra de Troya, y la cólera de Aquiles contra Agamenón. La *Odisea*, que parece ser la más moderna de las dos composiciones atribuidas a Homero, relata las aventuras y penalidades de Ulises (héroe que desempeña un papel secundario en la *Ilíada*) en el viaje de regreso desde Troya hasta su patria, Ítaca, y el castigo que inflige a los pretendientes de su esposa, Penélope, que le creían muerto.

Homero fue el poeta más admirado de la Antigüedad. Sus obras transmitían conocimientos y enseñanzas relativas a variados aspectos (estratégicos y militares; los astros y el firmamento; cuestiones morales y comportamientos de los seres humanos; las relaciones de los dioses con los hombres) y dieron la forma considerada canónica de la genealogía de los héroes y dioses griegos. Por todo ello sirvió de referencia cultural y religiosa para las generaciones posteriores.

Suele aceptarse en la actualidad que Homero utilizó materiales preexistentes para componer, con toda probabilidad en Jonia, durante el siglo IX a.C., sus dos poemas de los que La *Ilíada* se considera anterior.

## La Ilíada

La Ilíada es un poema épico dividido en 24 rapsodias o cantos. Habla del sitio de Troya. Originalmente fue escrita en hexámetro dactílico, versos adaptados a la recitación. La fortaleza de Ilión, situada a poca distancia del estrecho de los Dardanelos, en el Asia Menor, sufrió un asedio de diez años, que ha sido históricamente comprobado y según la cronología, duró de 1193 a 1184 a.C. El poema homérico abarca un lapso muy breve del último año de la contienda: cincuenta y un días, que son el marco de los más significativos acontecimientos, aunque, la caída de la ciudad es posterior a ellos. La Ilíada se encarga de contar la cólera de Aquiles durante la guerra de Troya. El asedio de Troya fue motivado por el rapto de Helena, perpetrado por Paris. Helena –símbolo de la belleza- era la mujer de Menelao, a quien su hermano Agamenón ayuda a rescatar. A la guerra de Troya concurren héroes de la más variada y noble estirpe.

Aquiles, rey de Ftía, es hijo de Peleo y de la ninfa Tetis, una deidad marina. Posee, por lo tanto, las cualidades de un semidiós, aunque pesan sobre él los inapelables designios de los dioses, que lo condenan a morir joven. Durante el sitio de la ciudad, riñe con Agamenón a causa de una joven cautiva, y decide retirarse de la lucha. Su ausencia determina que la guerra tome un giro trágico para los aqueos. Aquiles persiste en su actitud, aunque permite que su amigo y compañero Patroclo participe en el combate. Patroclo es muerto a manos de Héctor –hijo del rey de Troya, Príamo, y hermano de Paris-, tan doloroso suceso decide la vuelta de Aquiles a la contienda. Ciego de ira, mata a Héctor y pretende mutilar su cadáver. Se presenta el anciano Príamo y conmueve a Aquiles. A la cólera, sucede la compasión y devuelve los restos de Héctor a su padre. La historia homérica termina. Pendientes quedan el triunfo aqueo, debido a la famosa estratagema del caballo de madera, y la muerte de Aquiles por una flecha salida del arco de Paris. Resulta interesante observar el mecanismo humanizador que Homero utiliza para tratar a los dioses, por ejemplo, Ares, dios de la guerra, es herido en la pelea y se queja a gritos; Hera distrae la atención de su marido con amorosas tretas, etc. Estilísticamente, Homero es el creador del epíteto: “la Aurora de sonrosados dedos”, “Néstor, domador de caballos”, “Agamenón, rey de hombres”, “Aquiles, el de los pies ligeros”, etc.

Su núcleo argumental, como se dijo anteriormente, es la célebre *Cólera de Aquiles*. El héroe griego Aquiles ha sido despojado de su esclava Briseida por Agamenón, jefe del ejército aliado griego que tiene sitiada la ciudad de Troya para rescatar a Helena. A causa de esta decisión injusta, Aquiles se enemista con Agamenón y resuelve no participar más en los combates.

Gracias a su ausencia y a otros sucesos, los troyanos, liderados por Héctor, consiguen importantes victorias, y aunque el mismo Agamenón se humilla y le pide que regrese a la lucha, Aquiles se niega. Será precisa la muerte de Patroclo, su mejor amigo, a manos del héroe troyano Héctor (hijo de Príamo, rey de Troya), para que Aquiles deponga su actitud. Aquiles jura vengar a Patroclo, se lanza ferozmente a la lucha y vence a Héctor. Su furia parece irrefrenable: ata a su carro por los pies el cadáver de Héctor y lo arrastra con la cabeza por el polvo alrededor de la tumba de Patroclo.

Después, frente a las súplicas del padre de Héctor, Príamo, se despierta su compasión y accede a devolverle el cadáver de su hijo. La obra termina con los funerales que se celebran en honor de Patroclo y Héctor. A este argumento *humano*, digamos, es preciso añadir la intervención de los antropomórficos dioses griegos, que, movidos por pasiones e intereses similares a los de los hombres, participan en la acción, favoreciendo o perjudicando a personajes de uno y otro bando.

La *Ilíada* consta de 15.693 versos agrupados en 24 cantos. El Canto I comienza con la cólera de Aquiles. Es posible que los Cantos II-XI sean interpolaciones de otros poetas, pues se apartan del núcleo narrativo principal. Hoy se cree que el propio Homero los intercaló deliberadamente para crear un efecto de retardación, técnica que también se emplea en la *Odisea*. En los cantos XII-XXIV se vuelve al tema de principal y la acción se precipita rápidamente hacia el desenlace. La narración en tercera persona se combina con los diálogos entre los personajes. Los antecedentes y consecuencias de la guerra y el origen y destino de los personajes se dan por sabidos; porque, efectivamente, el público al que se dirigía el poema conocía perfectamente la historia completa de la Guerra de Troya.

Como ya señaló [Aristóteles](#) en su *Poética*, uno de los grandes aciertos de Homero en la *Ilíada* fue precisamente no contar toda la Guerra de Troya, sino concentrar la atención del relato sobre un elemento determinado: la cólera de Aquiles. La sucesión de violentas emociones por las que pasa el ánimo del héroe (cólera, amistad, odio, sed de venganza, compasión) constituye el motor de la acción. En realidad, la *Ilíada*, aun siendo un poema heroico, es también y sobre todo un drama. Lo que domina en él, por encima del heroísmo y la violencia, es la humanidad que trasluce. En los dos últimos cantos (funerales de Patroclo y de Héctor), prevalecen la piedad y la compasión. No hay vencedores ni vencidos: hay un duelo por los muertos.

### *La épica*

Un poema épico es un poema narrativo extenso, en estilo majestuoso, que relata las proezas y aventuras de un héroe sobrehumano (o de varios héroes) comprometido en una búsqueda peligrosa o en algún empeño serio. El héroe se distingue de los demás hombres por su fuerza y coraje, solo lo guía su sentido del

honor. Los poemas épicos se basan en el mito, la leyenda, la historia y el cuento popular. Algunas de sus características son:

- \*invocaciones a las Musas
- \*largos discursos
- \*comparaciones detalladas
- \*repeticiones
- \*epítetos
- \*presencia de los dioses
- \*descripciones de batallas o de otras modalidades de combate físico.

### *Conceptos básicos*

\*Muerte bella/\*Aristeia: momento en el que un guerrero se encuentra al máximo de intensidad y poder/ \*doble plano: celestial y terrenal/ \*griegos: se los presenta con muchos nombres: aqueos, dánaos, argivos, mirmidones, entre otros.

#### **PERSONAJES PRINCIPALES**

**AQUILES:** es hijo de Peleo y Tetis, la diosa del mar. Es el mejor guerrero aqueo. Le habían dicho que tenía la opción de luchar contra los troyanos y morir joven o no luchar y vivir una larga vida. Él decidió luchar. Concepción de muerte bella –ideal griego-: morir joven, pero con honor, en batalla.

**AGAMENÓN:** aqueo principal en cuanto a jefe (dux) aunque no es el mejor guerrero. Su hermano Menelao está casado con Helena.

**MENELAO:** hermano de Agamenón y rey de Esparta. Casado con Helena y su honor es la razón (ver documental) por la cual pelean los aqueos.

**HELENA:** por ella comienza la guerra de Troya. La diosa Afrodita se la regaló a Paris en el enfrentamiento de las tres diosas: Atenea, Hera y Afrodita. El “juicio de Paris” es famoso en cuanto se supone como desencadenante primero de la guerra de Troya.

**ALEJANDRO (PARIS):** es príncipe de Troya, hijo de Príamo y hermano de Héctor. Por su culpa empezó la guerra.

**HÉCTOR:** es el hijo mayor de Príamo y Hécuba, casado con Andrómaca, hermano de Paris. Es el mejor guerrero troyano.

**PRIAMO:** rey de Troya.

**HÉCUBA:** reina de Troya.

**ANDRÓMACA:** esposa de Héctor.

**ODISEO:** guerrero aqueo muy astuto.

**ÁYAX:** guerrero supremo.

**DIOMEDES:** otro guerrero aqueo. Recibe mucha ayuda de Atenea.

**NÉSTOR:** anciano sabio, guerrero aqueo, dirige a las tropas.

**PATROCLO:** pariente y mejor amigo de Aquiles. Gracias a él, Aquiles vuelve a la lucha.

**AFRODITA:** diosa del amor. Apoya a los troyanos.

**APOLO:** dios del sol. Empieza la pelea entre Agamenón y Aquiles. Apoya a los troyanos.

**ARES:** dios de la guerra. Ayuda a los troyanos.

**ATENEA:** diosa de la sabiduría. Apoya a los aqueos por estar en contra de Paris.

**HEFESTO:** dios del fuego y herrero de los dioses. Construyó la armadura de Aquiles y lo salva.

**HERA:** esposa de Zeus, diosa de la familia. Apoya a los aqueos por estar en contra de Paris.

**POSEIDÓN:** dios del mar. Apoya a los aqueos.

**TETIS:** madre de Aquiles. Se involucra con Zeus (ritual) para brindarle ayuda a su hijo.

**ZEUS:** dios del rayo, rey de los dioses.

## *AQUILES, de Tejada, Berenguer, Perriot. "Héroes, pasiones y monstruos"*

*Aquiles, el héroe de la Iliada, obra del poeta griego Homero, era hijo de un mortal y de una diosa del mar. Nacido en el país de los mirmidones, su infancia tuvo muchos sucesos prodigiosos. Participó junto a su gran amigo Patroclo en la guerra de Troya. No alcanzó a estar en la victoria final, la conquista de la ciudad, porque antes una flecha del enemigo, que lo hirió en el talón, le causó la muerte.*

*A través del tiempo se lo ha considerado exponente de valentía, magnanimidad, lealtad. Escritores y artistas plásticos lo han representado muchas veces como un joven de espléndido físico y varonil belleza.*

1-

-Soldados, ¡vengan pronto, ha muerto mi amigo Patroclo en la batalla!

-¿Qué hacemos, Aquiles? Tú mandas, tu voluntad es la nuestra, bien sabes que nosotros los mirmidones te obedecemos de corazón. ¿Saldremos, por fin, nuevamente a luchar?

La pregunta queda flotando en el aire... parece que no va a haber respuesta. El jefe con el rostro pálido de dolor, mira a lo lejos...

Aquiles es alto y esbelto, el halo dorado de su cabellera color miel suaviza los rasgos viriles, de acusada fuerza y casi violenta energía; los ojos, llama oscura encendida, revelan algo de ese corazón ardiente, impulsivo, grande y desbordado a la vez.

Todos los que lo rodean conocen su historia; él también, pero nunca habla de ella. Su madre, Thetis, es una diosa del mar, y fue obligada a casarse con un hombre mortal, el rey Peleo. Indignada por esta boda desigual, tomó una difícil decisión:

-¡No quiero tener hijos mortales, el fuego me ayudará a purificarlos!

Por eso, apenas nacían los niños, los arrojaba al fuego, y desgraciadamente, lo que conseguía era la muerte de los pequeños. El esposo, el rey Peleo, veía desesperado la destrucción de su familia. Por eso, cuando por séptima vez la diosa quedó embarazada, el monarca pidió a su buen amigo, el centauro Quirón, que la vigilara, y que salvara al bebé de la hoguera. Quirón estuvo alerta, pero llegó un poco tarde, cuando ya la criatura se estaba quemando.

-¡Voy a ayudarte, principito! – gritó mientras lo liberaba de las llamas.

Con alegría comprobó que tan solo se le había dañado el dedo gordo del pie derecho. Como era muy sabio, supo qué hacer. Llevó al recién nacido hasta un cementerio, y después de encontrar un trocito de hueso que le calzaba justo, se lo colocó. Lo que no imaginó es que ese hueso había pertenecido al gigante más veloz de la tierra. Por ello, el bebé obtuvo la capacidad de una extraordinaria agilidad, y más adelante fue conocido como "Aquiles, el de los pies ligeros".

2-

Y la diosa Thetis, la madre, cuando lo tuvo en brazos, aspiró su piel de rosa y escuchó su llanto de gatito, lo adoró. Descubrió el tesoro de la maternidad, y solo vivió para ese hijo. Le buscó lo mejor... y por eso quiso evitarle el dolor y la muerte, cosas que no conocen los dioses, pero sí los mortales. ¿Cómo lograrlo? Su ingenio halló recursos. Lo condujo hasta una laguna llamada Estigia cuyas aguas misteriosas volvían invulnerable al que se sumergiera allí, y tomando al niño del talón, rápidamente lo hundió en las aguas. Logró su deseo, pero... solo quedó sin mojarse el talón desde donde lo sujetaba, y ese pasó a ser el único punto débil y vulnerable de Aquiles. Solamente por allí podía ser herido de muerte.

Creció feliz, cuidado por todos, al lado de su amigo de siempre, Patroclo. Tenían edades similares, y desde que se conocieron en el gimnasio, surgió entre ellos una gran amistad. Patroclo era diferente a Aquiles, más sereno, observador y reflexivo, justamente por eso se complementaban muy bien. Unidos emprendieron las primeras aventuras por los bosques cercanos, persiguieron liebres, pescaron en los arroyos, y se rieron a carcajadas de cualquier cosa. Eran inseparables.

En una de esas correrías, cuando intentaban la caza del primer jabalí, los detuvo sorprendidos, en la parte más oscura del bosque, la presencia de una anciana muy extraña. Esta se dirigió a Aquiles por su nombre, así:

-Oye, Aquiles, hijo de diosa y de hombre, los dioses te ofrecen algo especial: te permiten elegir lo que vas a ser cuando seas grande, y eso tiene que ver con lo que vas a hacer en el futuro. ¿Qué clase de vida prefieres: una corta y gloriosa o una larga y mediocre?

Aquiles sin vacilar, pues la pasión por ser famoso estalló en cada uno de sus poros, al instante respondió:

-¡No necesitas preguntarlo, por la gloria voy a abandonar todo!

Patroclo, que había fruncido el ceño con aire preocupado –él pensaba antes de actuar- alcanzó a tomar su brazo para decirle algo, pero ya la anciana se retiraba sonriendo entre las sombras, al tiempo que decía:

-Está bien, hijo de diosa y mortal, pero ten cuidado delante de las puertas de la ciudad de Troya, porque después de besar a Patroclo y a Héctor, la Muerte vendrá a abrazarte a ti.

La aparición sorpresiva del jabalí perseguido provocó la carrera de los jóvenes que gozosos obtuvieron la presa, y al volver al palacio, entre los aplausos de los orgullosos padres y de los aguerridos caballeros, no volvieron a acordarse por mucho tiempo de la anciana y de sus dichos. ¡Había tanto para vivir y gozar!

**3-**

Algunos años más tarde, ambos jóvenes con un grupo de camaradas, partieron a la guerra de Troya. Iban a atravesar el mar, para ayudar a los griegos a rescatar a la mujer más bella de la tierra, Helena. Ella había sido robada a su marido por un príncipe llegado de la lejana ciudad de Troya. Al partir, hubo risas, bromas, promesas de gloria y oro.

Pero allá, poco a poco comenzaron a acallarse las risas... se volvieron serios y un poco tristes, porque conocieron la guerra, y con ella, la enfermedad, el dolor, la miseria. Pasaron nueve años, y cansados de tanta espera, pues la ciudad no caía en sus manos, empezaron a pelearse entre los mismos griegos, olvidándose incluso de los enemigos verdaderos, los troyanos. Aquiles se disgustó con su propio jefe, el rey Agamenón, y ofendido, se retiró de la lucha junto a sus compañeros. Quedó en el campamento, pero no salía a pelear. Disfrutaba viendo el avance de los enemigos.

Quería que se dieran cuenta de su importancia, y reconocieran su valor. Debido a su ausencia, las cosas empezaron a andar muy mal para los griegos. Él seguía orgullosamente imperturbable. Por eso, un día, Patroclo afligido le pidió por favor que lo dejara salir a luchar junto con sus guerreros pues lo apenaba la suerte de los camaradas. Y Aquiles accedió. A pesar de su rencor hacia los griegos, le prestó su escudo prodigioso, y ordenó a los mirmidones que partieran con él. Se quedó esperando el regreso, seguro de la victoria y de haber hecho feliz a su amigo.

Pero... en vez del triunfo llegó el dolor. Le trajeron el cadáver magullado y cubierto de polvo de Patroclo. Ahí se dio cuenta de que no tenía invulnerable el corazón. Quiso salir inmediatamente a arrasar con todos, en especial con el asesino de Patroclo, que no era otro que Héctor, el príncipe más valiente de los enemigos. Y entonces resonaron nuevamente en sus oídos las palabras de la anciana: "...después de besar a Patroclo y a Héctor, la Muerte vendrá por ti..."

Comprende de golpe que recién ahora va a hacer la verdadera elección: si sale a vengar a su amigo, enfrentará a Héctor y lo matará, y después de esto vendrá irremediamente su propia muerte. Por el contrario, si no lo hace, quedará sin gloria, será desleal con el amigo, pero mantendrá la vida, la dulce vida. Tan solo por un instante le parece ver todo lo que podría tener en el curso de los años: una bella muchacha enamorada... el cálido hogar... los amados hijos. Un vaho de ternura empaña fugazmente la llama oscura de sus ojos, se queda inmóvil, los soldados esperan la respuesta. De pronto, reacciona, y con una extraña voz, de violenta ternura, ordena sin vacilar:

-¡Por Patroclo! ¡A vencer o morir!

Efectivamente, mató a Héctor y a los pocos meses le llegó la muerte a él. Al descender al mundo de los muertos, estaba Patroclo, esperándolo.

Hoy trajinan por los caminos del Hades, serenos, casi luminosos. Porque para ellos, a pesar de las sombras circundantes, llamea encendida eternamente una lámpara de oro, hierro y cristal: la Amistad.

## HÉCTOR

*Héctor: héroe troyano, hermano del raptor de Helena, Paris, y muerto por Aquiles en la defensa de su ciudad. Representó el baluarte de Troya, su propio nombre significa : el que sostiene, el defensor. Su figura, una de las más bellas de la Iliada, reúne el valor, la firmeza, la bravura, el recto criterio, el amor a la patria y a la familia. No es un semidiós, por eso refleja perfectamente lo humano.*

1-

Héctor, el joven príncipe troyano, el mejor defensor de la sitiada Troya, tiene mucha angustia en su corazón. Lucha por su patria, invadida por los griegos, pero sabe que no es una **guerra** justa. Su hermano Paris<sup>3</sup> fue el **origen** de esos males.

- Paris... ¿te das cuenta de que la guerra que nos destruye es por tu causa? ¿Qué te llevó a raptar a Helena, una mujer casada, esposa y cuñada de hombres violentos, si acá en tu tierra tienes hermosas princesas para **elegir**? ¿No **imaginaste** que iban a acudir como fieras a rescatarla?

- Héctor...querido hermano...entiendo tu preocupación, pero ¡qué vas a hacer!. Es cierto cuanto dices... sin embargo, tú sabes que los dioses manejan nuestra vida. Conmigo, la diosa del amor, Afrodita, ha sido **generosa** y me ha dado este don : las mujeres se mueren por mí... y yo por ellas. Helena me deslumbró. ¡Qué mujer!...¡Esa cara de diosa y ese cuerpo perfecto! Lo único que me importó de ahí en adelante fue traerla a Troya y tenerla conmigo. Además, a ella yo también la había impactado, tengo mis cualidades... Se vino feliz. Pero, vamos, no te preocupes tanto, la **guerra** tiene sus altibajos, y sin duda, tú, hermanito, vas a ser el vencedor.

Héctor nada contesta, pero su corazón se **agita** porque no puede **guiar** a ese hermano de tanta belleza física, pero de tan poca fibra interior.

El tiene una esposa y un hijo a quienes defender. A ella no la **eligió** por un espléndido cuerpo, sino por su alma **gentil**. Andrómaca lo cautivó con sus ojos oscuros, de mirada pensativa y profunda, con su delicada gracia **ingenua**, y el encanto de su voz. Héctor no se quedó en lo físico, **siguió** hasta el espíritu, y descubrió un tesoro que lo ha hecho feliz. Ya tiene un hijo, el pequeño Astianacte, a quien el pueblo ama, y por quien el padre está dispuesto a dar su vida.

Todo eso acude a su mente. ¡Fue hace tan poco! Pero ahora, como en un sueño, sabe que se aproxima el fin. Después de una dura batalla con los invasores griegos en la que han muerto muchos de sus hombres, en parte por su orgullo de jefe que le impidió replegarse a tiempo, se siente responsable de su pueblo y está dispuesto a aceptar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con el principal **guerrero** enemigo: Aquiles. Desde que intervino en la muerte de Patroclo, bien sabe que en Aquiles **germina** el deseo de venganza, y solamente dejará de causar estragos si logra **conseguir** su muerte. Por eso, el

<sup>3</sup>Paris: hijo del rey Príamo y Hécuba, hermano de Héctor, raptor de Helena. Se caracteriza por su belleza física, y su falta de valentía y responsabilidad.

duelo<sup>4</sup> está decidido.

2-

Parado ante las puertas de la ciudad<sup>5</sup> de Troya, espera la llegada de Aquiles. La gente ha subido a las murallas y desde allí lo contempla **gimiendo**. En vano han tratado de disuadirlo para que no luche con ese **gigante** que no conoce el miedo, pero allí permanece inflexible.

Y llega Aquiles, con su armadura **refulgente** como el sol, y su furia voraz cual un incendio en el bosque. Héctor pese a todos sus propósitos siente temor al verlo tan cerca, un terrible temor que le afloja las piernas y lo lanza a la carrera en la huída. No le importan las miradas de toda la ciudad, no le importa que lo llamen cobarde, sólo siente el impulso de escapar, de **seguir** viviendo. Aquiles, como un león en cacería, lo **persigue** dando terribles gritos. Héctor, **fugitivo**, da corriendo tres vueltas alrededor de las murallas de la ciudad. .. y no puede detenerse<sup>6</sup>.

Entonces los dioses lo engañan<sup>7</sup> y le hacen creer que un hermano suyo lo va a auxiliar. En verdad es sólo un fantasma creado por ellos, con la figura de su hermano Déifobo. Ilusionado Héctor, que ya cree tener compañía, cesa de correr y dice a Aquiles:

- Prometamos ser **generosos** con el cadáver<sup>8</sup> del vencido, y no dejarlo insepulto; hagamos un pacto, para poder tener paz en la otra vida.

- Yo no quiero pactos entre lobos y corderos,- responde el furioso Aquiles- lo único que quiero es verte caer bajo mi lanza, en castigo por que mataste a mi amigo Patroco.

Héctor, viendo que nada puede hacer, se da vuelta para pedir una lanza al que él cree es su hermano, pero, ¡oh dolor!, éste ha desaparecido. Entonces comprende claramente lo que va a ocurrir.

- Ahora me doy cuenta... si los mismos dioses me engañan, es porque ha llegado mi hora. ¡Sea! Pero moriré luchando, sacaré coraje del fondo del corazón y les demostraré que he vencido el miedo, y que a pesar de no ser un semidiós, puedo enfrentar por los míos lo que venga.

Y diciendo así, empieza el combate cuerpo a cuerpo. Ambos son fuertes y saben pelear, no le es fácil a Aquiles vencerlo, pero se cumple el destino y Héctor muere.

Cae peleando, y demuestra a todos que el verdadero valiente no es aquel que desconoce el miedo, sino el que puede vencerlo. Troya entera lo llora, bien sabe que con él ha perdido a su mejor guerrero.

<sup>4</sup>duelo: lucha cuerpo a cuerpo de dos paladines.

<sup>5</sup>Las ciudades antiguas estaban rodeadas por murallas defensivas. Tenían puertas que se cerraban en caso de peligro.

<sup>6</sup>la carrera de Héctor no es debida a cobardía, sino al instinto de conservación, innato a todo hombre.

<sup>7</sup>Cuando un hombre va a morir, porque ya su vida ha llegado a término, los dioses pueden ayudar a su contrario.

<sup>8</sup>Para los antiguos, si un cadáver no era honrado y sepultado, no tenía paz el muerto en la otra vida.

A partir de los textos antes leídos, resuelve el siguiente acróstico

1- \_\_\_\_\_ A

2- Q \_\_\_\_\_

3- \_\_\_\_\_ U \_\_\_\_\_

4- I \_\_\_\_\_

5- \_\_\_\_\_ L \_\_\_\_\_

6- E \_\_\_\_\_

7- S \_\_\_\_\_

8- H \_\_\_\_\_

9- É \_\_\_\_\_

10- C \_\_\_\_\_

11- T \_\_\_\_\_

12- O \_\_\_\_\_

13- R \_\_\_\_\_

## Referencias

### Aquiles

- 1- La laguna mágica que otorga inmortalidad
- 2- Nombre del amigo de Peleo que ayudó a salvar a Aquiles
- 3- ¿Dónde Habita actualmente Aquiles junto a su mejor amigo?
- 4- Dueño del hueso que le pusieron en el pie a Aquiles
- 5- Héroe que es vencido por Héctor

6- Padre mortal, madre inmortal

7- Epíteto de Aquiles que indica su gran velocidad

### Héctor

- 8- Parentesco de Héctor con Paris
- 9- Nombre de la mujer que vienen a rescatar los griegos
- 10- Esposa de Héctor
- 11- Uno de los significados del nombre de Héctor
- 12- Uno de los valores de Héctor
- 13- Aquiles resultó .....

## Actividad evaluativa “EL HÉROE CLÁSICO”

A. Lea con atención texto EL HÉROE y resuelva:

- 1- Subraye (o extraiga) las ideas principales en el primer párrafo.
- 2- De acuerdo a lo explicado en el segundo párrafo ¿La palabra héroe refiere sólo a varones?
- 3- ¿Qué idea de la heroicidad explica Kerengi en el tercer párrafo?
- 4- ¿Qué tipos de héroes existen en la ficción?

B. Elige uno de los personajes mencionados dentro de la literatura clásica, del bando de los troyanos (PÁG. 8 y 9) y realiza una **hoja de vida** o **Curriculum vitae** con las siguientes características:

- Debes buscar o realizar una imagen del personaje.
- Hemos preparado una antología con textos que pueden darte información de algunos de los héroes. Puedes investigar en internet más información acerca de su vida, aventuras, amores, muerte, etc. (Documentos leídos en cuadernillo).
- Debes resaltar sus virtudes principales, aclarar de quienes es hijo, puedes mencionar sus amigos, etc.
- EL Curriculum puede ser humorístico y debe estar diseñado lo más estético y creativo posible.

**Fecha de presentación:** .....

### Rúbrica de evaluación

Presentación en tiempo: 1 pt

Partes del curriculum bien estructuradas: 3p

Búsqueda pertinente de información: 2 p

Forma de presentación: Impresa y en folio (se usará en la semana de las artes) 2p

Creatividad: 2p

*Lean la siguiente adaptación de La Ilíada*

*Guía de Actividades N.º 1*



**A) Lea el Canto I de la Ilíada y resuelva las actividades que se encuentran al final del canto:**

Canto I – Traducción de Luis Segalá y Estalella, 1908

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves—cumpláse la voluntad de Zeus—desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles. ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Zeus y de Leto. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Este, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

—¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, al flechador Apolo.

Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate: mas el Atrida Agamemnon, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje.

—Que yo no te encuentre, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho.

Pero vete; no me irrites, para que puedas irte sano y salvo.

Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Sin desplegar los labios, fuese por la orilla del estruendoso mar, y en tanto se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, hijo de Leto, la de hermosa cabellera:

—¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Tenedos poderosamente!

¡Oh Esmintio! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas! Tal fue su plegaria. Oyóla Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquileo convocó al pueblo a junta: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los niveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquileo, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

—¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños —también el sueño procede de Zeus— para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso

con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá apartar de nosotros la peste.

Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse Calcante Testórida, el mejor de los augures —conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo— y benévolo les arengó diciendo:

—¡Oh Aquileo, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera del dios del flechador Apolo. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Di tú si me salvarás.

Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros: — Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes, pues, ¡por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, oh Calcante, invocas siempre que revelas los oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, junto a las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamemnón, que al presente blasona de ser el más poderoso de los aqueos todos.

Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate: —No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamemnón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el Flechador nos causó males y todavía nos causará otros. Y no libraré a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la moza de ojos vivos, e inmoemos en Crisa una sacra hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamemnón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

—¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste cosa buena. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el Flechador les envía calamidades porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien deseaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que se quede sin tenerla; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se me va de las manos la que me había correspondido.

Replicóle el divino Aquileo el de los pies ligeros: —¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite tomar la bien murada ciudad de Troya. Díjole en respuesta el rey Agamemnón: —Aunque seas valiente, deiforme Aquileo, no ocultes tu pensamiento, pues ni podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieran, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Odiseo, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día.

Ahora, ea, botemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo el divino Odiseo o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador con sacrificios.

Mirándole con torva faz, exclamó Aquileo, el de los pies ligeros: —¡Ah impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan— sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, cara de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te preocupas y aún me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, pero grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza.

Contestó el rey de hombres Agamemnón: —Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza un dios te la dio. Vete a la patria llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones; no me cuido de que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas cuanto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

Tal dijo. Acongójese el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor.

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla Hera, la diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se preocupaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquileo, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras. —¿Por qué, hija de Zeus, que lleva la égida, has venido nuevamente? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamemnón hijo de Atreo? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

Díjole Atenea, la diosa de los brillantes ojos: — Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los niveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se preocupa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos.

Contestó Aquileo, el de los pies ligeros: — Preciso es, oh diosa hacer lo que mandáis aunque el corazón esté muy irritado. Obrar así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido.

Dijo; y, puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

El hijo de Peleo, no amainando en su ira, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces: — ¡Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos; ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje.

Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro, que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento). Algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquileo, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles

cuando sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos.

Así se expresó el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel—había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera— y benévolo les arengó diciendo:

—¡Oh dioses!, Qué motivo de pesar tan grande para la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos lo mismo en el consejo que en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo.

En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdeñaron. No he visto todavía ni veré hombre como Piritoo, Driante, pastor de pueblos; Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo

Egida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces Centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía —habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron— y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante, lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la moza, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos, ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquileo, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso combate.

Respondióle el rey Agamemón: — Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes, que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?

Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquileo: —Cobarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la moza, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis; pero de lo demás que tengo cabe a la veloz nave negra, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; presto tu negruzca sangre correría en torno de mi lanza.

Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron la junta que cerca de las naves aqueas se celebraba. El hijo de Peleo fuese hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con Patroclo y otros amigos. El Atrida botó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe, para el dios, y conduciendo a Criseida, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el ingenioso Odiseo.

Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por la líquida llanura. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron en la playa hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

En tales cosas ocupábase el ejército. Agamemón no olvidó la amenaza que en la contienda hiciera a Aquileo, y dijo a Taltibio y Euríates, sus heraldos y diligentes servidores: —Id a la tienda del Pelida Aquileo, y asiendo de la mano a Briseida, la de hermosas mejillas traedla acá; y si no os la diere, iré yo con otros a quitársela y todavía le será más duro.

Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad fuéronse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquileo, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y haciendo una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

—¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables, sino Agamemnón, que os envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, de jovial linaje! Saca la moza y entrégala para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades; porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves. De tal modo habló. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquileo rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y sentándose a orillas del espumoso mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos: — ¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamemnón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató.

Así dijo llorando. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba a la vera del padre anciano, e inmediatamente emergió, como niebla, de las espumosas ondas, sentóse al lado de aquél, que lloraba, acaricióle con la mano y le habló de esta manera:

—¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

Dando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros: —Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseida, la de hermosas mejillas. Luego, Crises, sacerdote del flechador Apolo, queriendo redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían del áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamemnón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje. El anciano se fue irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un sabio adivino nos explicó el vaticinio del Flechador, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira, y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios, y a la hija de Briseo que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronión, que amontona las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses olímpicos, Hera, Poseidón y PalasAtenea. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando al espacioso Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Zeus, ufano de su gloria; temieronle los bienaventurados dioses y desistieron de su propósito. Recuérdaselo, siéntate junto a él y abraza sus rodillas: quizá decida favorecer a los teucros y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar, para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamemnón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

Respondióle Tetis, derramando lágrimas: — ¡Ay hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz?

¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves

de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por completo de combatir. Ayer fuese Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirle.

Dichas estas palabras partió, dejando a Aquileo con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

En tanto, Odiseo llegaba a Crisa con las víctimas para la sacra hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la cruz; y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para el flechador Apolo y Criseida salió de la nave que atraviesa el ponto. El ingenioso Odiseo llevó la moza al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

—¡Oh Crises! Envíame el rey de hombres Agamemnon a traerte la hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Apolo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha causado a los aqueos.

Dijo, y puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sacra hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron harina con sal. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas.

—¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Tenedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!

Tal fue su plegaria, y Febo Apolo le oyó. Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; en seguida cortaron los muslos, y después de cubrirlos con doble capa de grasa y de carne cruda en pedacitos, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de negro vino. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y descuartizando lo demás, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, los mancebos llenaron las crateras y distribuyeron el vino a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán al flechador Apolo, que les oía con el corazón complacido.

Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cabe a las amarras del buque. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Eos de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y el flechador Apolo les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas ondas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquileo, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba las juntas donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en los bajeles, y echaba de menos la gritería y el combate.

Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al longividente Cronión sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse junto a él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y dirigió esta súplica al soberano Jove Cronión:

—¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras u obras, cúpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres Agamemnon le ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngale tú, pródigo Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y le colmen de honores.

De tal suerte habló Zeus, que amontona las nubes, nada contestó, guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

—Prométemelo claramente asintiendo, o niégamelo —pues en ti no cabe el temor— para que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades.

Zeus, que amontona las nubes, respondió afligidísimo: — ¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los teucros. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza.

Dijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremeciéndose el dilatado Olimpo.

Después de deliberar así, se separaron; ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó a que llegase, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto no ignoraba que Tetis, la de argentados pies, hija del anciano del mar con él departiera, dirigió en seguida injuriosas palabras a Jove Cronión:

—¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo clandestinamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas.

Respondió el padre de los hombres y de los dioses: — ¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses no lo preguntes ni procures averiguarlo.

Replicó Hera veneranda, la de los grandes ojos: — ¡Terribilísimo Cronión, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de los argentados pies, hija del anciano del mar.

Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquileo y causar gran matanza junto a las naves aqueas.

Contestó Zeus, que amontona las nubes: — ¡Ah desdichada! Siempre sospechas y de ti no me ocultó. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio; obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, si acercándome te pongo encima las invictas manos.

Tal dijo. Hera veneranda, la de los grandes ojos, temió; y refrenando el coraje, sentóse en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a arengarles para consolar a su madre Hera, la de los niveos brazos:

—Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que obsequie al padre querido, para que éste no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en poder. Pero halágale con palabras cariñosas y pronto el Olímpico nos será propicio.

De este modo habló, y tomando una copa doble, ofrecióla a su madre, diciendo: —Sufre, madre mía, y sopórtalo todo aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no te vean mis ojos apaleada, sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que te quise defender, me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído.

Así dijo. Sonríose Hera, la diosa de los niveos brazos; y sonriente aún, tomó la copa doble que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses al ver con qué afán les servía en el palacio.

Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas, que con linda voz cantaban alternando. Mas cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios que había construido Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies con sabia inteligencia. Zeus Olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la de áureo trono.

- B) ¿Cuál es el problema que surge entre Agamenón y Crises?**
- C) ¿Cómo castiga Apolo a Agamenón por su conducta?**
- D) ¿Qué dice el adivino Calcante, con respecto a la cólera de Apolo?**
- E) ¿Cómo reacciona Agamenón frente a los dichos de Calcante?**
- F) ¿Qué le reprocha Aquiles a Agamenón?**
- G) ¿Qué dioses apoyan a Aquiles? ¿Qué le sugieren hacer a Aquiles en vez de desafiar a una lucha a Agamenón?**
- H) ¿Quién era Néstor? ¿Qué les sugiere a Agamenón y a Aquiles?**
- I) Después de entregar a Criseida, Aquiles se sentó lejos de los suyos en la playa. ¿Qué sucedió allí?**
- J) ¿Quién le devolvió a Crises, sacerdote de Apolo, su hija? ¿En qué consistió el holocausto realizado? ¿Con qué objeto fue realizado?**
- K) Mientras Aquiles se recluye en sus naves, ¿qué sucede en el Olimpo? ¿Qué suplica Tetis a Zeus? ¿Cómo era la relación entre Zeus y Hera?**
- L) Dé cuatro ejemplos de epítetos utilizados en este canto.**
- M) Diga qué dos planos como reflejos pone en evidencia Homero.**
- N) Tenga en cuenta la invocación, nombre el tema del canto y diga a quién se invoca y por qué.**
- .....

## *Guía de Actividades N° 2*

- A) Lea el Canto XVIII de la Iliada y luego resuelva las actividades que se encuentran al final del canto:**

*Canto XVIII - Traducción de Luis Segalá y Estalella, 1908*

Mientras los teucros y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquileo. Hallólo junto a las naves, de altas popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

—¡Ay de mí! ¿Por qué los aqueos, de larga cabellera, vuelven a ser derrotados y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los teucros, antes de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menetio. ¡Infeliz! Yo le mandé que tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor.

Mientras tales pensamientos, revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor; y derramando ardientes lágrimas, djíjole la triste noticia:

—¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido.

Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura.

Así dijo, y negra nube de pesar envolvió a Aquileo. El héroe cogió ceniza con ambas manos y derramándola sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. Las esclavas que Aquileo y Patroclo cautivaran, salieron afligidas; y dando agudos gritos, rodearon a Aquileo; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquileo, cuyo gran corazón deshacía en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquileo un horrendo gemido; oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos, y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Talía, Cimodoce, Nesea, Espio, Toe, Halia, la de los grandes ojos, Cimotoc, Actea Limnoreia, Melita, Yera, Anfítoc, Agave, Doto, Proto, Ferusa, Dinámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Doris, Pánope, la célebre Galatea, Nemertes, Apeudes, Calianasa, Climene Yanira, Yanasa, Mera, Oritia, Amatía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en lo hondo del mar. La blanquecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando principio a los lamentos, exclamó:

—Oíd, hermanas nereidas, para que sepáis cuantas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí un hijo ilustre, fuerte e insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves para que combatiera con los teucros, y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Iré a verle y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en las batallas.

Dijo, y salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del mar se rompían en torno de ellas.

Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la playa donde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas a ambos lados de la del veloz Aquileo. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y rompiendo el aire con agudos clamores abrazóle la cabeza, y en tono lastimero pronunció estas aladas palabras:

—¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me lo ocultes. Zeus ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que los aqueos fueran acorralados junto a los navíos, y padecieran vergonzosos desastres.

Exhalando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros: —¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido, pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de

matarlo, le despojó de las armas prodigiosas, admirables, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que te colocaron en el tálamo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás en tu casa, de vuelta de Troya; pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza, y recibe de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menetfada.

Respondióle Tetis, derramando lágrimas: — Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca.

Contestó muy afligido Aquileo, el de los pies ligeros: — Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando le mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria, ni he salvado a Patroclo, ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra; siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de bronceas corazas, pues en la junta otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el rey de hombres Agamemnon. Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor; y sufriré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Heracles pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Jove Cronión, sino que el hado y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual suerte, yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloria, fama y haré que algunas de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y con ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que hace días que me abstengo de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohíbas que pelee, pues no lograrás persuadirme.

Respondióle Tetis, la de los argentados pies: — Sí, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de una muerte terrible; pero tu magnífica armadura de luciente bronce la tienen los teucros, y Héctor, el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo eso, me figuro que no durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no entres en combate hasta que con tus ojos me veas volver, y mañana al romper el alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefesto.

Cuando así hubo hablado, dejó a su hijo; y volviéndose a las nereidas, sus hermanas, les dijo:

—Bajad vosotras al anchuroso seno del mar, id al alcázar del anciano padre y contádselo todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefesto, el ilustre artífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.

Así habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la diosa de los argentados pies, enderezó sus pasos al Olimpo para proporcionar a su hijo las magníficas armas.

Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, huyendo con gritería inmensa ante Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves y al Helesponto; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero de Aquileo, porque de nuevo los alcanzaron los teucros con sus carros y Héctor, hijo de Príamo, que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo, exhortando con horribles gritos a los teucros; tres veces los Ayaces, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, confiando en su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea otras se detenía y daba grandes voces; pero nunca se retiraba por completo. Como los pastores pasan la noche en el campo y no consiguen apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento; de semejante modo, los belicosos Ayaces no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste lo arrastrara, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Pelida, para aconsejarle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento; a la cual enviaba Hera, sin que lo supieran Zeus ni los demás dioses. Colocose la diosa cerca de Aquileo y pronunció estas aladas palabras:

—¡Sus, Pelida, el más portentoso de los hombres! Ve a defender a Patroclo, por cuyo cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse allí, los aqueos defendiendo el cadáver, y los teucros, acometiendo con el fin de arrastrarlo a la ventosa Ilión. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su ánimo

le incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. Levántate, no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún ultraje.

Respondióle el divino Aquileo, el de los pies ligeros: —¡Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?

Díjole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento: —Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronión ni los demás dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.

Replicóle Aquileo, el de los pies ligeros: —¿Cómo puedo ir a la batalla? Los teucros tienen mis armas, y mi madre no me permite entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguró que me traería una hermosa armadura fabricada por Hefesto. Y en tanto, no sé de cuál guerrero podría vestir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayante Telamonio; pero creo que éste se encuentra entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de Patroclo.

Contestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento: — Bien sabemos nosotros que aquellos tienen tu magnífica armadura, pero muéstrate a los teucros en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos aqueos, que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo.

En diciendo esto, fuese Iris ligera de pies. Aquileo, caro a Zeus, se levantó, y Atenea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada y circundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama.

Como se ve desde lejos el humo que, saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por los enemigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en horrenda batalla, al ponerse el sol encienden muchos fuegos, cuyo resplandor sube a lo alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del apuro; de igual modo el resplandor de la cabeza de Aquileo llegaba al éter. Y acercándose a la orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque respetaba el prudente mandato de su madre. Allí dio recias voces y a alguna distancia. Palas Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los teucros. Como se oye la voz sonora de la trompeta cuando vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida quita; tan sonora fue entonces la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del héroe, a todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse hacia atrás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se quedaron atónitos al ver el terrible e incesante fuego que en la cabeza del magnánimo Pelida hacía arder Atenea, la diosa de los brillantes ojos. Tres veces el divino Aquileo gritó a orillas del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares, y doce de los más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y colocáronlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquileo, el de los pies ligeros, derramando ardientes lágrimas, desde que vio al fiel compañero desgarrado por el agudo bronce y tendido en el féretro. Háblale mandado a la batalla con su carro y sus corceles, y ya no podía recibirle, porque de ella no tornaba vivo.

Hera veneranda, la de los grandes ojos, obligó al Sol infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate.

Los teucros, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los carros los veloces corceles y celebraron junta antes de preparar la cena. En ella estuvieron de pie y nadie osó sentarse, pues a todos les hacía temblar el que Aquileo se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto combate.

Fue el primero en arengarles Polidamante Pantoida, el único que conocía lo futuro y lo pasado; era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche: pero Polidamante superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba mucho más en el manejo de la lanza. Y dirigiéndoles, benévolo, la palabra, así les dijo:

—Pensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar a la divinal Eos en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente nos hallamos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamemnon, fue más fácil combatir contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las velas

naves, esperando que acabaríamos por tomarlas. Ahora temo mucho al Pelida, de pies ligeros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la llanura donde teucros y aqueos sostienen el furor de Ares, sino que batallará para apoderarse de la ciudad y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que ocurra lo que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Pelida, de pies ligeros; pero si mañana nos acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es y llegará gozoso a la sagrada Ilión el que logre escapar, pues a muchos se los comerán los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aunque estéis afligidos, seguís mi consejo, tendremos el ejército reunido en el ágora durante la noche, pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas grandes labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos armados a las torres; y si aquél viniere de las naves a combatir con nosotros al pie del muro, peor para él, pues habrá de volverse después de cansar a los caballos de erguido cuello, con carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad.

Pero no tendrá ánimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se lo comerán los veloces perros.

Mirándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco: —¡Polidamante! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ella. ¿Aún no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados de palabra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce, pero ya las hermosas joyas desaparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora que el hijo del artero Cronos me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y acorralar contra el mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano te obedecerá, porque no lo permitiré. Ea, obremos todos como voy a decir. Cenad en el campamento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano que sienta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común se consuman, pues es mejor que los disfrute éste que no los aquivos. Mañana, al apuntar la aurora, vestiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto a las cóncavas naves. Y si verdaderamente el divino Aquileo se propone salir del campamento, le pesará tanto más, cuanto más se arriesgue, porque me propongo no huir de él, sino afrontarle en la batalla horrrisona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Ares es a todos común y suele causar la muerte del que matar deseaba.

Así se expresó Héctor, y los teucros le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas Atenea les quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno siquiera a Polidamante, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el campamento; y los aquivos pasaron la noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El Pelida, poniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dio comienzo a las sentidas lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a quien un cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su madriguera se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel hombre; de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquileo entre los mirmidones:

—¡Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié en el palacio para tranquilizar al héroe Menetio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte tan pronto como, tomada Ilión, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los hombres todos sus deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una misma tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano caballero Peleo, ni Tetis, mi madre; sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ya que he de morir, oh Patroclo, después que tú, no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos, y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardánias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres de voz articulada.

Cuando esto hubo dicho, el divino Aquileo mandó a sus compañeros que pusieran al fuego un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de sangre. Y ellos colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida por un trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron; el fuego rodeó la caldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, lavaron el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un unguento que tenía nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron desde la cabeza hasta los pies en fina tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los

mirmidones pasaron la noche alrededor de Aquileo, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus habló de este modo a Hera, su hermana y esposa:

—Lograste al fin, Hera veneranda, la de los grandes ojos, que Aquileo, ligero de pies, volviera a la batalla. Sin duda nacieron de ti los aqueos de larga cabellera.

Respondió Hera veneranda, la de los grandes ojos: — ¡Terribilísimo Cronión! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su condición de mortal y no saber tanto, puede realizar su propósito contra otro hombre, ¿cómo yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos, no había de causar males a los teucros estando irritada contra ellos?

Así éstos conversaban. Tetis, la de los argentados pies, llegó al palacio imperecedero de Hefesto, que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y habíalo edificado el Cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en torno de los fuelles, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio impulso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa admirable! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios preparaba los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, llegó Tetis, la diosa de los argentados pies. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era esposa del ilustre Cojo, viola venir, salió a recibirla, y, asiéndola por la mano, le dijo:

—¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Pero sígueme, y te ofreceré los dones de la hospitalidad.

Dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en un hermoso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para los pies. Y llamando a Hefesto, ilustre artífice, le dijo: — ¡Hefesto! Ven acá, pues Tetis te necesita.

Respondió el ilustre Cojo de ambos pies: — Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fue mi salvadora cuando me tocó padecer, pues vine arrojado del cielo y caí a lo lejos por la voluntad de mi insolente madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón hubiera tenido que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en el seno del mar Tetis y Eurínome, hija del refluyente Océano.

Nueve años viví con ellas fabricando muchas piezas de bronce —broches, redondos brazaletes, sortijas y collares— en una cueva profunda, rodeada por la inmensa murmurante y espumosa corriente del Océano. De todos los dioses y los mortales hombres sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las mismas que antes me salvaron.

Hoy que Tetis, la de hermosas trenzas, viene a mi casa, tengo que pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírvale hermosos presentes de hospitalidad, ínterin yo recojo los fuelles y demás herramientas.

Dijo; y levantóse de cabe al yunque el gigantesco e infatigable numen, que al andar cojeaba arrastrando sus gráciles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón de plata las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, de las manos, del vigoroso cuello y del velludo pecho; vistió la túnica, tomó el fornido cetro, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras propias de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, andando, se sentó en un trono reluciente cerca de

Tetis, asió la mano de la deidad, y le dijo:

—¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo.

Di qué deseas; mi corazón me impulsa a realizarlo, si puedo y es hacedero.

Respondióle Tetis, derramando lágrimas: —¡Oh Hefesto! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tantos y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronión Jove? De las ninfas del mar, únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra toda mi voluntad, el tálamo de

un mortal que yace en el palacio rendido a la triste vejez. Ahora me envía otros males: concedíome que pariera y alimentara a un hijo insigne entre los héroes que creció semejante a un árbol, le crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves para que combatiera con los teucros y ya no le recibiré otra vez porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puede, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Los aqueos le habían asignado como recompensa una moza y el rey Agamemnon se la quitó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón; pero los teucros acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaban salir del campamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquileo y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus armas Patroclo y enviolo a la batalla con muchos hombres.

Combatieron todo el día en las puertas Esceas; y los aqueos hubieran tomado la ciudad, a no haber sido por Apolo, el cual mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menetio, que tanto estrago causara, y dio gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquileo yace en tierra con el corazón afligido.

Contestóle el ilustre Cojo de ambos pies: —Cobra ánimo y no te preocupes por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horrrisona cuando la terrible Parca se le presente, como tendrá una hermosa armadura que admirarán cuantos la vean.

Así habló; y dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen.

Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el Océano.

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas. — Los hombres estaban reunidos en el foro, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía satisfecha; el otro, negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de su causa.

La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes; los del primero deseaban arruinar la plaza y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la hermosa población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos, subidos en la muralla, la defendían. Los sitiados marchaban, llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor. Luego, en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río

y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampoña, sin sentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro, se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes.

Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla, en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero con vida aún, pero recientemente herido, dejaba ileso a otro y arrastraba, asiéndole de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que la muerte recibiera; y el ropaje que cubría su espalda estaba teñido de sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos.

Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez: acá y allá muchos labradores guiaban las yuntas, y al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos volvían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval profundo. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro; lo cual constituía una singular maravilla.

Grabó asimismo un campo de crecidas mieses que los jóvenes segaban con hoces afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas los atadores. Tres eran éstos y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban abrazados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el corazón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para el banquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida de los trabajadores haciendo abundantes puches de blanca harina.

También entalló una hermosa viña de oro cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco acero y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los acarreadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos pensando en cosas tiernas, llevaban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la armoniosa cítara y entonaba con tenue voz el hermoso canto de Lino, y todos le acompañaban cantando profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

Representó luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y estaño y salían del establo mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río junto a un flexible cañaverol. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ligeros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y conducían a un toro que daba fuertes mugidos. Perceguíanlos mancebos y perros. Pero los leones lograban desgarrar la piel del animal y tragaban los intestinos y la negra sangre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los ágiles canes: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca: rehuían el encuentro de las fieras.

Hizo también el ilustre Cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

El ilustre Cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas hermosas, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnalda, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y sables de oro suspendidos de argénteos tahalíes. Unas veces, moviendo los diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile, y se holgaba en contemplarlo. Un divino aedo cantaba, acompañándose con la cítara; y en cuanto se oía el prelude, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano.

Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquileo una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea cimera, que a sus sienas se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

Cuando el ilustre Cojo de ambos pies hubo fabricado las armas, entrególas a la madre de Aquileo. Y Tetis saltó, como un gavián, desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Hefesto había construido.

- B) ¿Qué se entera Aquiles que ha sucedido? ¿Qué pasa con el cuerpo de Patroclo?**
- C) ¿Qué promete hacer Aquiles? ¿Qué le vaticina su madre?**
- D) ¿Qué le dará Tetis a Aquiles?**
- E) ¿Qué dice Iris a Aquiles? Cuente cómo sucede el episodio consecuente.**
- F) ¿Qué propone Polidamante? ¿Cuál es la decisión de Héctor?**
- G) Explique el ritual de enterramiento.**
- H) ¿Quién es Hefesto? Cuente su historia.**
- I) Lea detalladamente cómo es el escudo fabricado para Aquiles y diga qué simboliza/representa.**

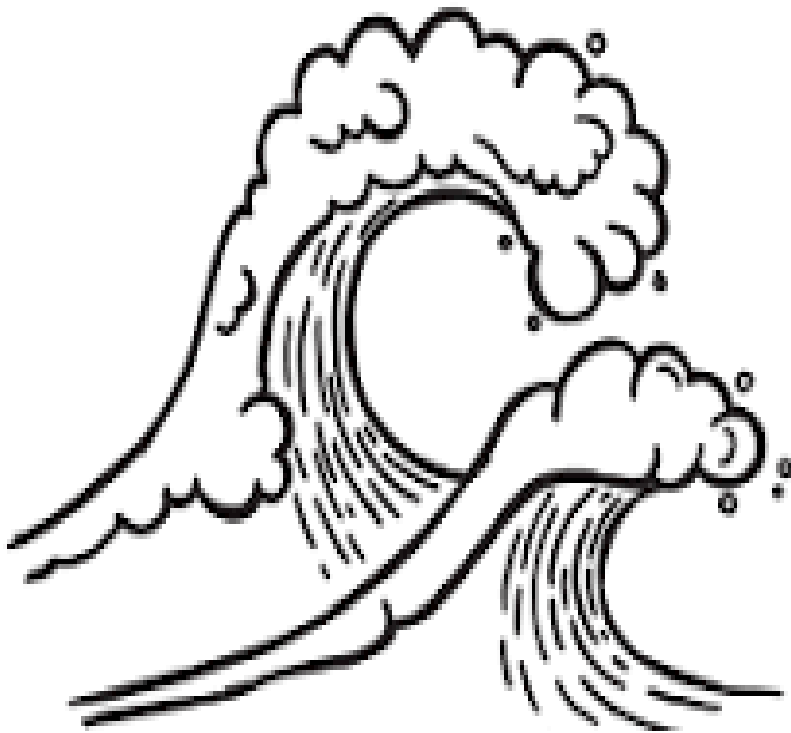
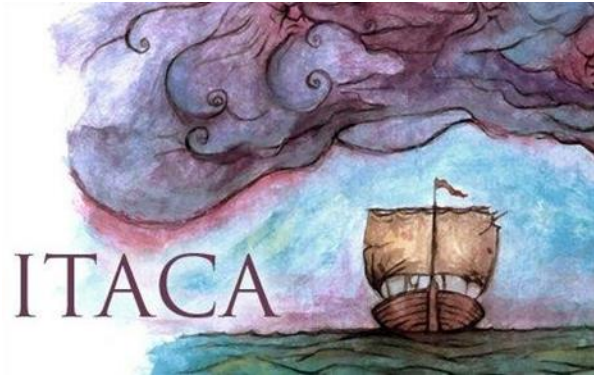
### **El escudo de Aquiles: Ékfrasis**

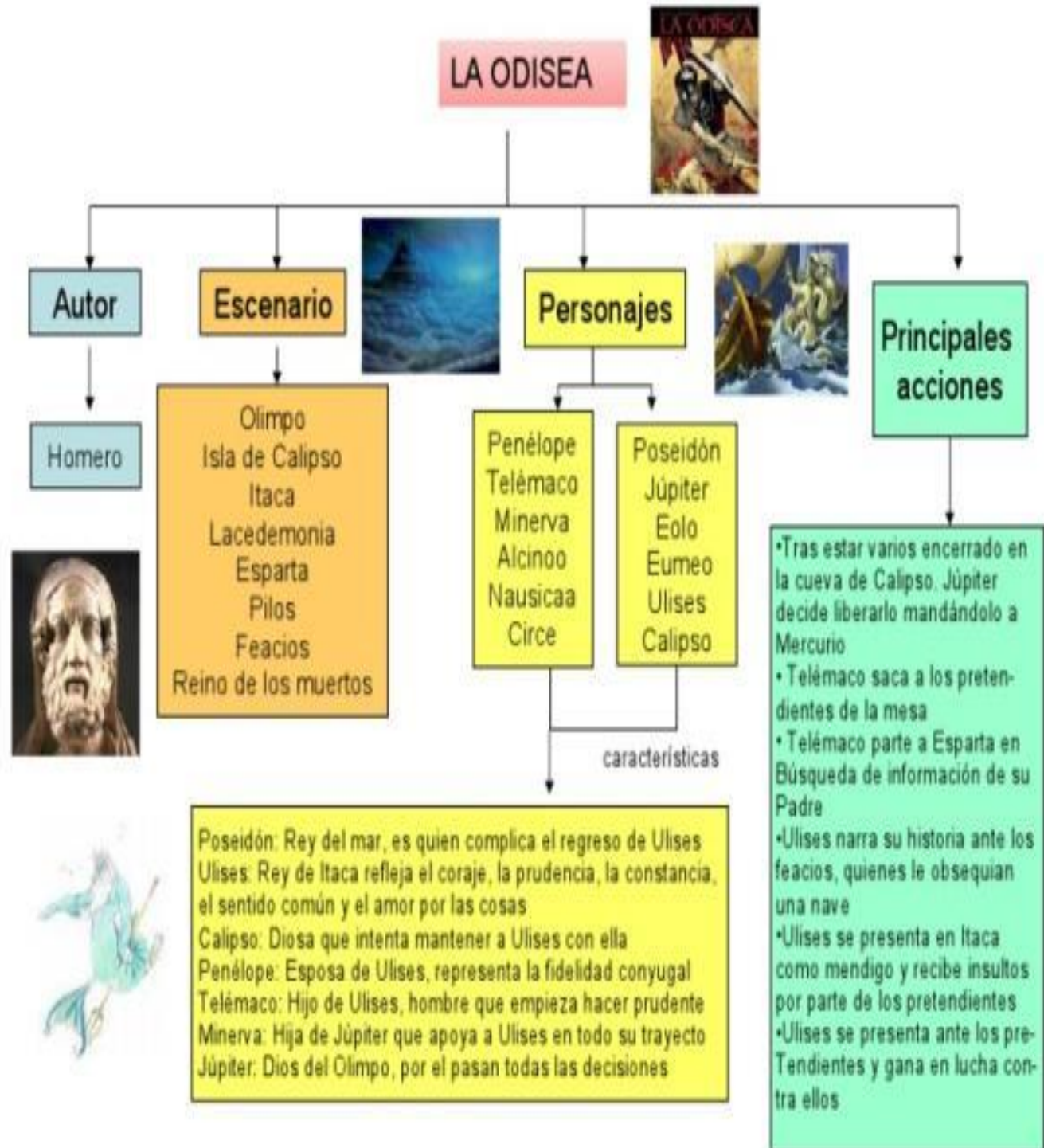
Cuando a Homero se le ocurrió la travesura de meter una obra de arte dentro de otra, como hizo al describir el escudo de Aquiles (Ilíada, XVIII, 478- 608), no sólo inventó un nuevo género literario, la ékphrasis “Écfrasis”, o descripción poética de una obra de las artes plásticas, sino que sentó un precedente que había de traer como consecuencia la inmediata el que otro poeta, el Pseudo-Hesíodo, compusiese su Aspís o Escudo de Heraklés, y el que otros muchos artistas de la pluma se animasen a discurrir sobre insignes escudos —Esquilo sobre las rodelas de los Siete contra Tebas, Virgilio sobre el escudo de Eneas, Nonno sobre el de Diónysos—. También sobre obras de arte o artesanía tan variadas como los tapices de Ion (Eurípides), las puertas del antro de la sibila (Virgilio), las también puertas del templo de Hércules, en Cádiz (Silio Itálico), que debieron de ser algo así como las puertas de Ghiberti en el Baptisterio de Florencia, y hasta el lecho nupcial de Peleo (Catulo).

La descripción homérica del escudo de Aquiles ofrece una de esas pausas con que el poeta da un poco de respiro a sus oyentes en medio del casi continuo fragor de las batallas.



# La Odisea



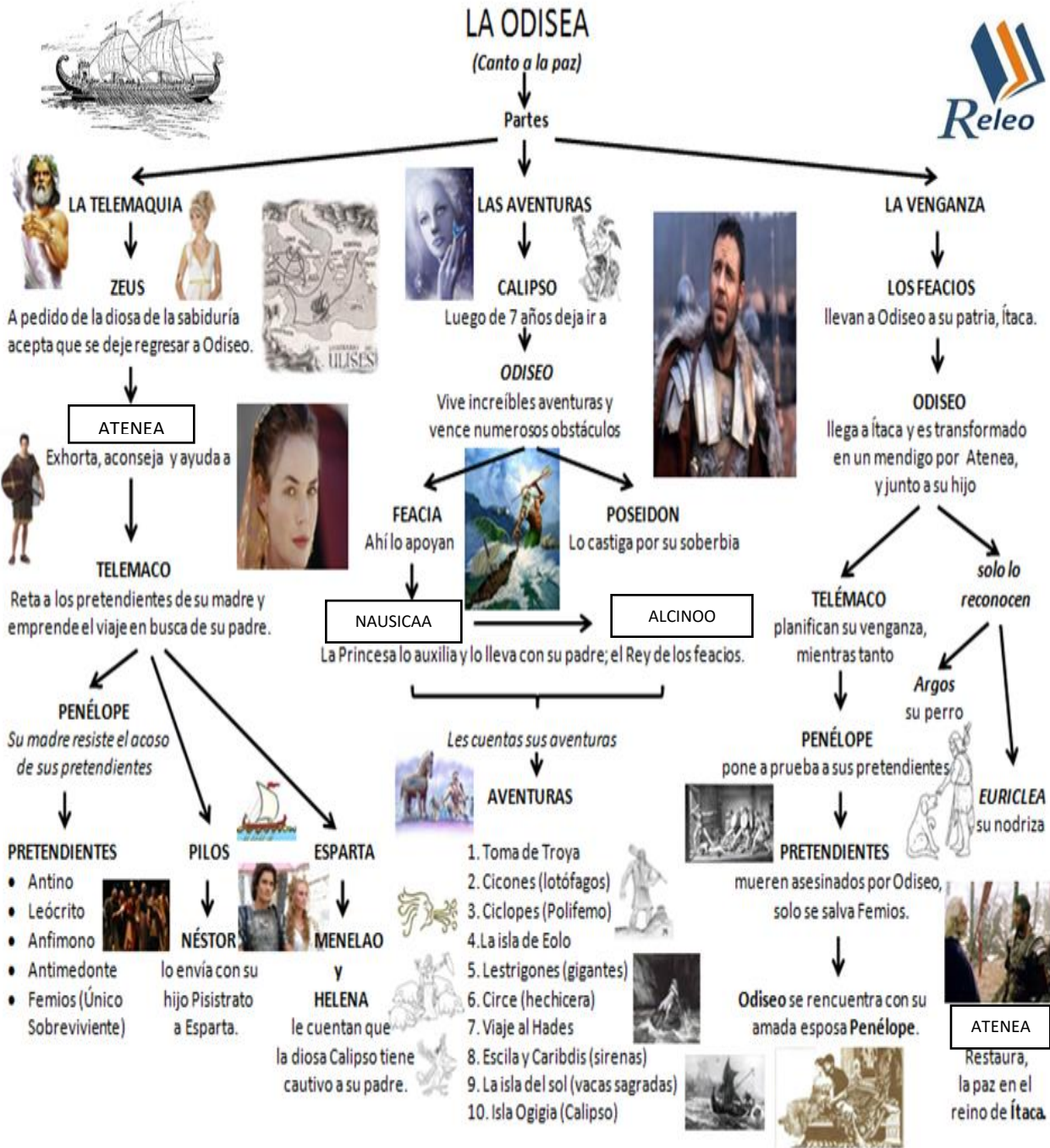




# LA ODISEA

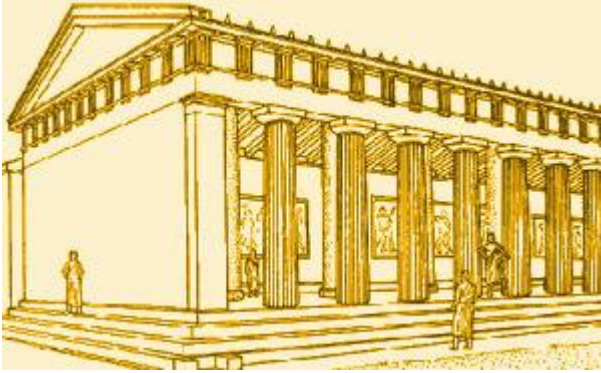
(Canto a la paz)

Partes



# Ágora ¿Qué es?

Plaza pública donde, en un principio, se celebraban los mercados y donde los ciudadanos, siempre hombres, ya que las mujeres respetables no aparecían nunca en público, se reunían para tratar los



asuntos de la comunidad.

Estos mercados, en su origen, eran abiertos, pero se edificaban a su alrededor pórticos o stoa, templos y salas. Sobre todo en Asia se encontraban cerca del ágora verdaderos bazares con toda clase de mercancías. Hubo ciudades griegas sin acrópolis, pero no sin ágora. Su función primera era política, por lo tanto inherente a la polis.

En el mundo homérico y en Tesalia, la palabra ágora designa unas veces la asamblea, otras el lugar en que se reunía ésta. Era, bien una explanada junto al

palacio del rey, bien una plaza en la ciudad baja. Durante la época arcaica, la vida política emigró poco a poco de la ciudad alta hacia la ciudad baja, de la acrópolis hacia el ágora, que se convirtió en el verdadero centro de la comunidad cívica. Ya albergaba a la asamblea; a partir de ahora albergará a los magistrados y a los tribunales que se organizan.

El ágora acogía, como en Atenas, toda clase de edificios políticos y administrativos. Al mismo tiempo, su función religiosa iba cobrando importancia: las divinidades que protegían la ciudad y sus leyes son



llamadas agoraioi, y el ágora se cubría de altares, de recintos, de tumbas de héroes, de santuarios; por consiguiente, su acceso estaba prohibido a toda persona que llevase consigo mancha.

Era en el ágora donde se desarrollaban, en origen, las fiestas cívicas y sus concursos: los de las Grandes Dionisiacas tuvieron lugar en el ágora de Atenas, antes de la creación del teatro de Dioniso. En la época clásica apareció la función comercial; a partir de entonces, la palabra ágora designará principalmente el mercado.

El desarrollo de las actividades comerciales expulsó en muchas ciudades a la asamblea del pueblo del ágora y suscitó las protestas de pensadores de tendencia aristocrática: Platón y

Aristóteles querían separar el ágora mercantil del ágora política y religiosa (esa separación se realizó en las ciudades tesalias). De hecho, el problema sólo se plantea en las ciudades antiguas. Las ágoras, en efecto, pertenecen a dos tipos. Por un lado, están las agorai que, como la de Atenas, no han cesado de transformarse desde la época arcaica, a medida que la polis evolucionaba, apareciendo edificios para responder a las nuevas necesidades, hasta el punto de que la plaza, reflejando la historia de la ciudad, estaba cubierta de edificios aislados, inconexos. A pesar de los pórticos añadidos en la época helenística, siempre careció de unidad y de armonía. Por el contrario, en las ciudades de tipo jonio construidas según un plan de urbanismo, el emplazamiento del ágora estuvo previsto y se realizó un conjunto monumental que generalmente respeta el carácter del ágora griega.

*(Diccionario del mundo antiguo)*

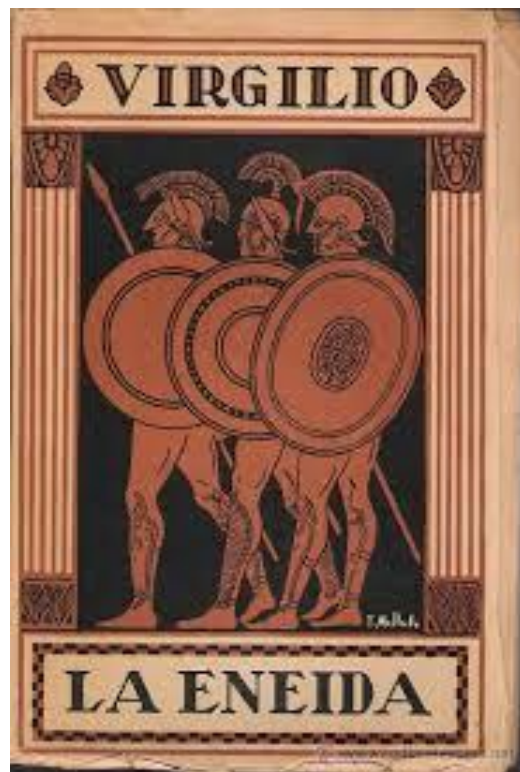
- *¿Quién convoca a reunión en el ágora en el capítulo II de la Odisea? ¿Por qué es sorprendente esa convocatoria?*
- *¿Quiénes hacen uso de la palabra y qué temas se tratan?*
- *¿Qué características del ágora expresadas en el presente texto aparecen en la obra de Homero?*
- *Si hicieran un ágora en el aula ¿Qué temas creen que deberían debatirse?*

**BIOGRAFÍAS APÓCRIFAS (“...ensamblando mentiras parecidas a verdades...” C. XIX, 203)**

Aspectos:	Ante Atenea (C.XIII, 256-286)	Ante Eumeo (C.XIV, 192-359)	Ante Antínoo (C. XVII, 419-445)	Ante Penélope (C. XIX, 171-203)	Ante Laertes (C. XXIV, 303-314)
<b>Origen</b>	Creta	Creta		Creta	Alibante
<b>Filiación</b>		Hijo ilegítimo de Cástor.		Eton, hijo de Deucalión	Epérito, hijo de Afidas
<b>Episodios vitales centrales</b>	Participación en Troya Muerte de Orsíloco Huida en nave fenicia Desvío hasta Ítaca por una tormenta. Abandono en Ítaca por parte de los fenicios.	Muerte del padre Injusta distribución de la herencia. Piratería. Afán de aventuras. Ida a Troya. Regreso al hogar. Nuevo viaje a Egipto. Saqueo de una ciudad costera. Súplica de perdón ante el rey. Permanencia por siete años. Nuevo viaje en nave fenicia. Tormenta marina.	Riquezas cuantiosas Viaje a Egipto con piratas. Saqueo de ciudad costera. Arresto. Entrega a manos del chipriota Métor. Estancia en Chipre. Llegada a Ítaca.	Conocimiento con Odiseo cuando éste iba hacia Troya. Sabe de Odiseo en el presente por el rey de los tesprotos: cuenta lo sufrido en Trinacria, el naufragio, la estadía entre los feacios; habla de un posterior viaje para reunir riquezas. Asegura que pronto los Tesprotos lo conducirán a Ítaca.	Conocimiento con Odiseo en su suelo natal, cinco años atrás. Viaje a Sicania. Forzosa llegada a Ítaca

		<p>Naufragio en país de los tesprotos. Amistosa acogida. Noticias acerca de Odiseo. Promesa de ayuda. Traición de los marinos tesprotos. Desembarco en Ítaca. Huida.</p>			
--	--	--	--	--	--

# La Eneida



## *DOCUMENTO DE INFORMACIÓN*

### **¿Qué es una epopeya?**

Una epopeya es un relato épico o narrativo, conformadas por la narración de actos que fueron principalmente trascendentales o precisamente dignas de prevalecer en la memoria de un pueblo. Los personajes son héroes que funcionan como un símbolo y se destacan por sus características o virtudes. Una epopeya se considera uno de los subgéneros más antiguos de narración.

### **Autor**

Virgilio, de nombre Publio Virgilio Marón nació en el año 70 a.C y murió el año 19 a.C. Se trató de un poeta romano que fue el que redactó la Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas. Estudió filosofía, matemáticas y retórica, y sus intereses fueron llevando una dirección hacia astrología, medicina, zoología y botánica.

Virgilio fue el autor de una obra que se adhiere a un fiel reflejo del hombre de su época, reflejando sus ilusiones y sufrimientos, empleando mucha perfección estilística. Sus obras más célebres fueron:

- Las Bucólicas
- La Eneida
- Las Geórgicas

### **La Eneida**

Se trata de una epopeya latina, que fue escrita en el siglo I a.C por Virgilio, por órdenes del emperador Augusto para que el Imperio Romano tuviera un origen mítico. Virgilio trabajó reescribiendo los poemas de Homero, desde la guerra de Troya hasta la presentación de la fundación de Roma, desde el año 29 a.C hasta su muerte que fue aproximadamente en el año 19 a.C.

La obra consta de doce libros, los cuales pueden clasificarse por contenido en dos partes. Libro del I al VI relación con la literatura griega (Guerra de Troya, viajes hasta llegar a Cartago; descenso al averno) y del VII al XII historia y mitología de los troyanos cuando llegan a la península Itálica.

El autor, al momento de morir, ordenó que quemaran la epopeya pero Augusto prohibió que la destruyeran y en cambio ordenó su publicación sin brindarle muchas modificaciones.

No se sabe exactamente porqué pero se deduce que podría ser por dos razones: No quería pertenecer a la política del Emperador Augusto o consideraba que su obra no era digna de perfección y no lo definía como poeta. Al inicio, deseaba escribirla en prosa, pero luego se decidió por el verso debido a los hexámetros dactílicos. Durante la redacción de esta obra, hizo varias lecturas públicas para poder comprobar la aceptación, pues la meta del escritor era realizar un poema con diversidad de detalles y con gran calidad. Virgilio habría leído fragmentos a Augusto y a su hermana Octavia, exactamente los cantos II, IV y VI, y que cuando el autor llegó a la parte VI, en donde menciona a Marcelo, Octavia se desmayó.

También se dice que Virgilio viajó a Grecia en el año 19 a.C. para hacer una revisión de su obra, después de encontrarse con Augusto en Atenas toma la decisión de volver a casa y es entonces cuando visita una ciudad cercana a Megara, allí se enfermó de una fiebre y día tras día se fue debilitando para finalmente morir en el puerto de Brundisium en ese mismo año.

El resultado de publicar una obra incompleta, muestra versos que no llegan a cumplir con el hexámetro dactílico. Y como el emperador Augusto ordenó que las modificaciones que se le fueran a hacer fuesen mínimas, entonces no logra distinguirse el trabajo de los poetas y del autor original.

### Argumento

El príncipe de Dardania, Eneas, escapa de Troya al momento que la ciudad fue tomada por el ejército aqueo (griego). Eneas no emprende su escape solo, va en compañía de su padre, Anquises y su hijo Ascanio. Con todo el ajetreo que trajo el escape el príncipe de Dardania pierde de vista a su esposa Creúsa, preocupado regresa a buscarla a pesar de que la ciudad es un terrible desastre, hecho ruinas. Finalmente, Creúsa aparece de una forma espiritual y le pide a Eneas que deje de buscarla y de llorar por ella, pues ella ya se encontraba en el mundo de los muertos. La esposa de Júpiter, Juno, mantiene cierto rencor con la familia de los reyes de Troya, por lo que trata de evitar que éstos lleguen a Italia, lugar señalado por los oráculos.

El escape emprendido por Eneas y su familia dura aproximadamente siete años, ya que finalmente en el último año es amparado por el reino de Cartago, el cual es gobernado por Dido, que también se conoce como Elisa de Tiro. A causa de Venus y Cupido, Dido se enamora profundamente del príncipe Eneas, pero Eneas parte de aquel lugar por órdenes de Júpiter y es entonces cuando Dido se quita la vida y maldice a toda la familia real que provenga de Eneas. Es así cómo se justifica la rivalidad que mantienen estos dos pueblos hermanos, el de Cartago y el de Roma.

Mientras Eneas sigue con su viaje a Italia, su padre Anquises se le presenta en alma y le pide que vaya a verlo al Averno, y el príncipe Eneas acepta. Con la ayuda de La Sibila, logra descender a los reinos de Plutón. Es ahí cuando su padre Anquises le muestra un futuro glorioso en Roma.

Cuando finalmente llegaron los troyanos a Italia, el rey Latino los acoge de forma tranquila, y les recuerda que su hija, Lavinia se casaría con un extranjero, es así como decide aliarse con el príncipe Eneas y permitir el matrimonio con su hija Lavinia. Turno, el rey de los rútuos, declara una guerra al reino de Eneas motivado por la furia, ya que Turno era primo y pretendiente de Lavinia. Las batallas producen muchas muertes en ambos bandos, pero al final Eneas vence al rey Turno.

### Síntesis los libros I, II y III

#### Libro I

Juno, esposa de Júpiter, es la diosa que actúa como antagonista de Eneas. Trata de evitar que llegue a su destino en Italia. La diosa busca apoyo en Eolo, dios de los vientos, para que haga naufragar a Eneas y sus hombres. A cambio, le ofrece como recompensa a una de las ninfas de su propio séquito, a Deyopea la cual posee el cuerpo más hermoso.

Eolo, a pesar de no aceptar el soborno de Juno, sí acepta ayudarla, y como consecuencia los troyanos se encuentran dispersos en el mar. Neptuno, dios del mar, lo considera una falta de respeto ya que su territorio y dominio es el mar, por eso decide ayudar a los troyanos a llegar a las playas de Libia, pero por infortunio no llegan todos juntos, sino en dos grupos, ya que fueron separados por dicha tormenta.

Durante esta situación Venus, la madre de Eneas, se presenta ante ellos como un espíritu con un aspecto de cazadora, y les notifica que el territorio en donde se encuentran le pertenece a la reina Dido. Les

explica que Pigmalión que es el hermano de la reina Dido, mando a matar a el tío de ambos y esposo de Dido, de nombre Siqueo, es entonces cuando Dido huye y compra unas tierras para fundar su ciudad allí.

Al momento que Eneas llega a la ciudad de Dido, ve al otro grupo de troyanos del que se separó por la tormenta. Habían pedido hospitalidad a la reina para ellos y para su líder y la reina Dido los había recibido pacíficamente. La madre de Eneas quería que la reina Dido sintiera simpatía por el príncipe, es entonces cuando Venus le pide a su otro hijo, Cupido, que tome la forma de su sobrino Ascanio y le implante a la reina un sentimiento de amor por Eneas.

Cupido accede y hace que la reina Dido se enamore profundamente del príncipe Eneas, pero Dido le juró a su esposo que no volvería a casarse. Entonces mientras se encontraba en un banquete en honor a los invitados y su encuentro con los perdidos, la reina Dido le pide al príncipe Eneas que cuente ante todos, sus desgracias.

## Libro II

Eneas relata los hechos acontecidos en la destrucción de Troya, la historia en donde Ulises junto a otros soldados griegos, se oculta en un caballo de madera, mientras que los demás soldados griegos, se encuentran escondidos en la isla de Ténedos, la cual estaba ubicada al frente de Troya.

Los troyanos dejan entrar el caballo con total confianza, ya que creían que los griegos habían huido y que el caballo era una ofrenda a los dioses.

Al momento que llega la noche Ulises y sus soldados salen del caballo y abren las puertas de la ciudad para que así entren los demás soldados griegos y es así como todos estos hombres someten a Troya de forma violenta. En el momento que esto estaba ocurriendo, el príncipe Eneas sueña con Héctor el cual le anuncia que Troya llegará a su fin y le advierte que debe salvar a los Penates y huir inmediatamente.

Los ruidos de la batalla provocan que finalmente el príncipe se levante y se une a sus soldados para luchar hasta su muerte por Troya. En medio de toda esa tragedia, Eneas logra ver a Helena y furioso por todo aquello, quiere matar a todos aquellos que estén involucrados en esa batalla, pero Venus, se presenta en espíritu y le dice que mejor es evitar más caos, puesto que todo aquello era realmente culpa de los dioses y no de Helena. Entonces Venus le dice a su hijo que busque a su familia y a los dioses Penates.

Es entonces cuando Eneas busca a su padre Anquises y a Ascanio. Anquises no quería irse, pero un espíritu divino logra convencerlo, en ese momento todos huyen de aquella ciudad que se había convertido en ruinas. Pero Creúsa la esposa de Eneas, había sido apartada por Venus y entonces fue víctima de esa batalla dándole la muerte, pero Eneas no sabía esto y se regresa a buscarla, pero sin haberla conseguido aparece el espíritu de Creúsa, confesándole que el destino que le esperaba a Eneas era la fundación de Roma, así que este regresa al plan de escape.

## Libro III

El verano era muy caluroso y trajo consigo una sequía tan fuerte que mató muchos hombres. Anquises le dice a su hijo Eneas que consulte de nuevo al oráculo, pero no hizo falta ya que en los sueños de Eneas se presentaron los Penates, los cuales fueron enviados por Apolo, es en ese momento que descubre el rencor del

dios supremo que es quien no les permite seguir habitando en aquellas tierras, le reafirman a Eneas que las tierras que les dijo el oráculo de Apolo, eran de Italia o el Lacio.

Entonces deciden emprender un viaje a aquellos lugares luego de que Anquises recordara que allí nació su antepasado Dárdano. Al momento que los troyanos emprenden su viaje por el mar, se encuentran con una tormenta de tres días, y al cuarto día desembarcan entre las islas del Mar Jónico, y se encuentran en aquel lugar rebaños que no eran vigilados por nadie, comienzan su festejo ofreciéndole sacrificios a Júpiter. Luego de una batalla con las arpías, una de ellas les advierte que al momento de llegar a la tierra que buscan pasarán mucha hambre.

Después de un largo viaje, finalmente llegan a principios de invierno a Butrinto y pueden ver que es una réplica de Troya, en el momento que son recibidos Héleno le dice a Eneas que sí llegará a Italia, pero antes de eso sufrirán un poco, ya que en aquel lugar habitan griegos.

Luego de viajar mucho, un remolino de una bestia los adentra a mar abierto, donde corren peligros por cíclopes, pero logran huir, y luego de librarse de los cíclopes Anquises dirige a los troyanos a Trinacia para finalmente morir este en Drépano, con esto Eneas le da fin a la historia que le contaba a la reina Dido.

### Personajes

**Eneas:** Es el personaje principal de esta epopeya, se trata de un sobreviviente de la guerra de Troya, es un hombre que se define por su piedad, y por respetar y seguir la voluntad de los dioses. Es un guerrero que genera temor y un buen líder, la historia se basa en su destino en cual era fundar la raza romana en Italia.

**Dido:** Era la reina de Cartago, una ciudad que se encontraba en el norte de África. Dido abandonó su tierra natal, Tiro, cuando su esposo fue asesinado por su hermano. Fundó Cartago, pero el amor por Eneas y luego el cobarde abandono de Él, hicieron que ella descuidara su rol de reina y finalmente sumida en la locura, se quitara la vida.

**Turno:** Es un gobernante de Italia, y el enemigo de Eneas cuando pelean por tomar la mano de Lavinia, la hija del rey Latino, su rivalidad hace que Turno declare la guerra contra los troyanos.

**Latino:** Era el rey de los latinos, las personas que hoy en día pertenecen al centro de Italia, Latino recibe la profecía de que su hija se casaría con un extranjero y al conocer a Eneas sabe que de él se trata, es por eso que le permite entrar a su reino y ser pretendiente de Lavinia, lo que causa la guerra entre Turno y Eneas.

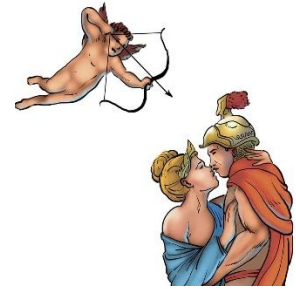
**Juno:** Es la reina de los dioses, esposa y hermana de Júpiter, también es la hija de Saturno, odia a los troyanos a causa de París que no la eligió en el concurso de belleza, Juno actúa durante toda la historia en contra de Eneas, convirtiéndola en la rival divina de esta epopeya.

## Libro IV – La Eneida (Completo)

### Dido habla con su hermana Ana del amor que siente por Eneas

En tanto la Reina, presa hacía tiempo de grave cuidado, abriga en sus venas herida de amor y se consume en oculto fuego. Continuamente revuelva en su ánimo el alto valor del héroe y el lustre de su linaje; clavadas lleva en el pecho su imagen, sus palabras, y el afán no le consiente dar a sus miembros apacible sueño. Ya la siguiente aurora iluminaba la tierra con la antorcha febea y había ahuyentado del polo las

húmedas sombras, cuando delirante Dido habló en estos términos a su hermana, que no tiene con ella más que un alma y una voluntad: "Ana, hermana mía, ¿qué desvelos son estos, que me suspenden y aterran? ¿Quién es ese nuevo huésped que ha entrado en nuestra morada? ¡Qué gallarda presencia la suya! ¡Cuán valiente, cuán generoso y esforzado! Creo en verdad, y no es vana ilusión, que es del linaje de los dioses. El temor vende a los flacos pechos; pero él, ¡por cuáles duros destinos no ha sido probado! ¡Qué terribles guerras nos ha referido! ¡Si no llevase en mi ánimo la firme e inmutable resolución de no unirme a hombre alguno con el lazo conyugal desde que la muerte dejó cruelmente burlado mi primer amor; ¡si no me inspirasen un invencible hastío el tálamo y las teas nupciales, acaso sucumbiría a esta sola flaqueza! Te lo confieso, hermana: desde la muerte de mi desventurado esposo Siqueo, desde que un cruel fratricidio regó de sangre nuestros penates, ese solo ha agitado mis sentidos y hecho titubear mi conturbado espíritu: reconozco los vestigios del antiguo fuego; pero quiero que se abran para mí los abismos de la tierra, o que el Padre omnipotente me lance con su rayo a la mansión de las sombras, de las pálidas sombras del Erebo y a la profunda noche, ¡oh pudor! antes de que yo te viole o de que infrinja tus leyes. Aquel que me unió a sí el primero, aquel se llevó mis amores: téngalos siempre él y guárdelos en el sepulcro." Dijo, y un raudal de llanto inundó su pecho. Ana le responde: "¡Oh hermana más querida para mí que la luz! ¿has de consumir tu juventud en soledad y perpetua tristeza? ¿Nunca has de conocer la dulzura de ser madre ni los presentes de Venus? ¿Crees que las cenizas y los manes de los muertos piden tales sacrificios? En buena hora que no haya logrado doblar tu ánimo afligido ninguno de los que en otro tiempo aspiraron a tu tálamo, ni en la Libia, ni antes en Tiro, y que despreciases a Iarbas y a los demás caudillos que ostenta el África, rica en triunfos; pero ¿has de resistir también a un amor que te cautiva? ¿No consideras en qué país te has fijado? Por un lado, te cercan las ciudades de los Gétulos, gente invencible en la guerra, y los Númidas, que no ponen freno a sus caballos, y las inhospitalarias Sirtes; por otro un árido desierto y los impetuosos Barceos, tan temidos en todos estos contornos. ¿Qué diré de las guerras con que te amaga Tiro, y de las amenazas de tu hermano?... Creo en verdad que el viento ha impelido a estas costas las naves troyanas bajo el auspicio de los dioses y por el favor de Juno. ¡Qué aumento recibirá esta ciudad! ¡Oh hermana! ¡Qué imperio será el tuyo con ese enlace! ¡Cuánto se sublimará la gloria cartaginesa con el auxilio de las armas troyanas! Tú únicamente imploras a los dioses, y ya aplacados con tus sacrificios, conságrate a los cuidados de la hospitalidad y discurre pretextos para detener a Eneas y a los suyos, mientras la borrasca y el lluvioso Orión revuelven los mares, y están rotas sus naves y les es contrario el cielo." Con estas palabras inflamó aquel corazón, ya abrasado por el amor, dio esperanzas a aquel ánimo indeciso y acalló la voz del pudor. Lo primero se dirigen a los templos e imploran el favor de los dioses en los altares; inmolan, con arreglo a los ritos, dos ovejas elegidas a Ceres legisladora, a Febo y al padre Lieo, y ante todo a Juno, patrona de los lazos conyugales. La misma hermosísima Dido, alzando una copa en la diestra, la derrama entre los cuernos de una vaca blanca, o bien recorre lentamente por delante de las imágenes de los dioses los altares bañados de sangre, renueva cada día las ofrendas, y escudriñando con la vista los abiertos pechos de las víctimas, consulta sus entrañas palpitantes. ¡Oh vana ciencia de los agüeros! ¿De qué sirven los votos, qué valen los templos a la mujer que arde en amor? Mientras invoca a los dioses, una dulce llama consume sus huesos y en su pecho vive



la oculta herida: arde la desventurada Dido y vaga furiosa por toda la ciudad; cual incauta cierva herida en los bosques de Creta por la flecha que un cazador le dejó clavada sin saberlo, huye por las selvas y los montes dicteos, llevando hincada en el costado la letal saeta.

### **La reina de Cartago busca compartir mucho tiempo con su huésped Eneas**



A veces conduce a Eneas consigo a las murallas y ostenta las riquezas sidonias y las comenzadas obras de la ciudad; empieza a hablarle y separa a la mitad del discurso; otras veces, al caer la tarde, le brinda con nuevos festines, y quiere, en su demencia, oír segunda vez los desastres de Troya, y segunda vez se queda pendiente de los labios del narrador. Luego, cuando ya se han separado, y oscura también la luna oculta su luz, y los astros que van declinando convidan al sueño, gime de verse sola en su desierta morada, y se tiende en el lecho antes ocupado por Eneas. Ausente le ve, ausente le oye; tal vez estrecha en su regazo a Ascanio, creyendo ver en él la imagen de su padre, y por si puede así engañar un insensato amor. Ya no se levantan las empezadas torres; la juventud no se ejercita en las armas ni trabaja en los puertos ni en las fortificaciones. Interrumpidas penden las obras, y gran ruina amenazan los muros y las máquinas que se levantaban hasta el firmamento.



### **Juno y Venus hacen un trato**

Cuando la amada esposa de Júpiter, hija de Saturno, vio que Dido era presa de tamaño mal, y que el cuidado de su fama no bastaba a contener su ardiente pasión, dirigióse a Venus con estas palabras: "¡Insigne loor alcanzáis en verdad, y magníficos despojos, tú y tu hijo! ¡Grande y memorable hazaña, que una mujer sea vencida por las artes de dos númenes! No se me oculta que temes nuestras murallas y que te recelas de las moradas de la alta Cartago. Pero ¿cómo acabará todo esto, y a qué conducen ahora tan grandes luchas? ¿Por qué no hemos de concertar más bien eterna paz y un himeneo (matrimonio)? Ya has conseguido lo que tanto deseabas. Dido arde de amores; un ciego furor ha penetrado en sus huesos. Rijamos, pues, ambos pueblos, unidos bajo nuestro común amparo; consiente que Dido sirva a un esposo frigio, y sean los Tirios la dote que le dé tu mano." Venus, conociendo el ardid de Juno, que hablaba así con objeto de llevar a las playas africanas el reino de Italia, le respondió de esta manera: "¿Quién había de ser tan insensato, que rehusase tales proposiciones o prefiriese ponerse en pugna contigo? Falta sólo que la fortuna favorezca tus planes; pero dudo si los hados, dudo si la voluntad de Júpiter consentirá que se junten en una sola ciudad los Tirios y los desterrados de Troya, y aprueben esa mezcla de pueblos y esa proyectada alianza. Tú eres su esposa: a ti te toca doblar su ánimo con ruegos. Empieza; yo te seguiré. Así repuso entonces la regia Juno: "De mi cuenta es eso: escúchame ahora; voy a decirte brevemente por qué medio podrá conseguirse lo que tanto importa. Eneas y la desgraciada Dido se disponen a ir de caza al monte apenas despunte el sol de la mañana e ilumine el orbe con sus rayos. Yo desataré sobre ellos un negro temporal de agua y granizo, y haré retemblar con truenos el firmamento, mientras recorran el bosque los veloces jinetes, y los ojeadores le cerquen de empalizadas. Huirá la comitiva, envuelta en opacas tinieblas; Dido y el caudillo troyano irán a refugiarse en la misma cueva; yo estaré allí, y si puedo contar con tu voluntad, los uniré con indisoluble lazo y Dido será de Eneas. Allí acudirá Himeneo.

Accedió Citerea sin dificultad a lo que le pedía Juno, riéndose de su descubierto ardid. En tanto la naciente aurora se levanta del océano, y la flor de la juventud sale de la ciudad, llevando con profusión apretadas redes, lonas y jabalinas de ancha punta de hierro; acuden precipitadamente los jinetes masilios y las jaurías de mucho olfato.

### **Día de caza; se concreta el primer encuentro entre Eneas y Dido**

Los primeros caudillos cartagineses esperan en el umbral del palacio a la Reina, que aún se detiene en el lecho; vistosamente enjaezado de púrpura y oro su caballo está a la puerta, tascando impaciente el espumoso freno. Adelántase por fin Dido, acompañada de numeroso séquito, cubierta de una clámide sidonia con cenefa bordada; lleva una aljaba de oro, recogido el cabello en dorada redecilla y prendida la purpúrea vestidura con un áureo broche. Síguenla los Frigios y el alegre Iulo (Asacanio); a su frente el mismo Eneas, el más hermoso de todos, se reúne a ella y con esto se juntan ambas comitivas. Cual Apolo cuando abandona la helada Licia y las corrientes del Janto, y visita la materna Delos, instaura los coros y mezclados los Cretos, los Driopes y los pintados Agatirsos, se revuelven furiosos al derredor de los altares, mientras él recorre las cumbres del Cinto, y ajustando la cabellera suelta al viento, la sujeta con delicada guirnalda de hojas y oro, pendiente de los hombros la sonora aljaba; tal y no menos gallardo iba Eneas, no menos hermosura resplandecía en su noble rostro. Luego que llegaron a los altos montes y penetraron en sus más intrincadas guaridas, he aquí que las cabras monteses se precipitan de las fragosas cumbres, mientras por otro lado los ciervos cruzan corriendo el llano y abandonan los montes, huyendo reunidos en polvoroso tropel. En medio de los valles el niño Ascanio rebosa de gozo en su fogoso caballo y se adelanta en la carrera, ya a unos, ya a otros, pidiendo a los dioses que le envíen entre aquellos tímidos rebaños un espumoso jabalí o que un rojo león baje del monte. Empieza entre tanto a revolverse el cielo con grande estrépito, a que sigue un aguacero mezclado de granizo, con lo cual los Tirios y la troyana juventud y el dardanio nieto de Venus, dispersados por el miedo, van en busca de diversos refugios; los torrentes se derrumban de los montes. Dido y el caudillo troyano llegan a la misma cueva; la Tierra la primera y prónuba Juno, dan la señal; brillaron los relámpagos y se inflamó el éter, cómplice de aquel himeneo, y en las más altas cumbres prorrumpieron las ninfas en grandes alaridos. Fue aquel día el primer origen de la muerte de Dido y el principio de sus desventuras, pues desde entonces nada le importe de su decoro ni de su fama; ya no oculta su amor, antes le da el nombre de conyugal enlace, y con este pretexto disfrazaba su culpa.

## La Fama

Vuela al punto la Fama por las grandes ciudades de la Libia; la Fama, la más veloz de todas las plagas, que vive con la movilidad y corriendo se fortalece; pequeña y medrosa al principio, pronto se remonta a los aires y con los pies en el suelo, esconde su cabeza entre las nubes.

Cuéntase que irritada de la ira de los dioses, su madre la Tierra, la concibió, última hermana de Ceo y Encélado, rápida por sus pies y sus infatigables alas; monstruo horrendo, enorme, cubierto el cuerpo de plumas, y que debajo de ellas tiene otros tantos ojos; siempre vigilantes, ¡oh maravilla! y otras tantas lenguas y otras tantas parleras bocas y aguza otras tantas orejas. De noche tiende su estridente vuelo por la sombra entre el cielo y la tierra, sin que cierre nunca sus ojos el dulce sueño; de día se instala cual centinela en la cima de un tejado o en una alta torre, y llena de espanto las grandes ciudades, mensajera tan tenaz de lo falso y de lo malo, como de lo verdadero. Entonces se complacía en difundir por los pueblos multitud de especies, pregonando igualmente lo que había y lo que no había; que era llegado Eneas, descendiente del linaje troyano, con quien la hermosa Dido se había dignado enlazarse, y que a la sazón pasaban el largo invierno entre placeres, olvidados de sus reinos y esclavos de torpe pasión. Estas cosas va difundiendo la horrible diosa por boca de las gentes. Al punto tuerce su vuelo hacia el rey Iarbas, e inflama su corazón y atiza en él las iras con sus palabras. Iarbas, hijo de Hamón y de una ninfa robada del país de los Garamantas, había erigido a Júpiter, en sus vastos estados, cien templos inmensos y cien altares, en que ardía constantemente el fuego sagrado en perpetuo honor de los dioses, y cuyo suelo en torno estaba siempre empapado con la sangre de las víctimas bajo dinteles guarnecidos de floridas guirnaldas. Inflamado y fuera de sí con aquellos acerbos rumores, es fama que dirigió largas preces a Júpiter, alzando las manos suplicantes al pie de los altares, en medio de las estatuas de los dioses. "¡Oh Júpiter todopoderoso! exclamó, a quien la mauritana gente, tendida ahora en pintados lechos, ofrece en sus banquetes el vino de las libaciones, ¿ves esto? ¿Será que te temblamos en vano ¡oh padre! cuando vibran tus rayos? ¿Será que esos relámpagos, envueltos en nubes, que aterran los ánimos, solo producen vanos murmullos? ¡Esa mujer que llegó errante a mis fronteras y me compró el derecho de fundar una reducida ciudad; ¡esa mujer a quien yo di la tierra que habrá de cultivar en las costas y el dominio de aquellos sitios, repele mi alianza y recibe en su reino a Eneas como señor! ¡Y ahora ese Paris, con su afeminada comitiva, ceñida la cabeza de la mitra meonia, y perfumado el cabello, está disfrutando de su conquista, mientras que yo llevo inútilmente mis ofrendas a sus templos y abrigo en mi alma una vana idea de tu poder!"

### Júpiter envía a Mercurio como mensajero para que Eneas siga viaje

Oyó el omnipotente al que estas preces la dirigía, abrazado a los altares, y volvió los ojos a las regias murallas de Cartago, y a los amantes olvidados de mejor fama; en seguida se dirige en estos términos a Mercurio, y le da estas órdenes: "Ve, ve, pronto, hijo mío; llama a los céfiros, y ve volando a hablar al caudillo dárdano, que se está en la tiria Cartago desatendiendo las ciudades que le conceden los hados; llévale mis palabras en los rápidos vientos. No es ese el héroe que me prometió su hermosísima madre, ni para esto le libertó dos veces de las armas de los Griegos;



antes bien me prometió que regiría la Italia, futura madre de tantos imperios, siempre sedienta de guerras, que habían de perpetuar al alto linaje de Teucro, y sometería a sus leyes todo el orbe. Si no le inflama la ambición de tan grandes cosas, si nada quiere hacer por su propia gloria, ¿puede acaso, como padre, arrebatar a Ascanio las grandezas romanas? ¿En que está pensando, o con qué esperanza se detiene en medio de una nación enemiga, sin acordarse de su descendencia ausonia ni de los lavinos campos? Que se embarque: tal es mi voluntad; sé tú mi mensajero." Dijo, y Mercurio se dispone a obedecer el mandato del gran padre de los dioses, calzándose los talares de oro, que con sus alas le llevan remontado por los aires con la rapidez del viento, cruzando mares y tierras; luego empuña el caduceo, con el que evoca del Orco las pálidas sobras y envía a otras al triste Tártaro, las da y quita el sueño, y abre los ojos, que cerrara la muerte; sostenido en él, impele los vientos y surca borrascosas nubes. Ya volando divisa la cumbre y las empinadas vertientes del duro Atlante, cuya pinífera frente, siempre rodeada de negras nubes, resiste el continuo empuje del viento y de la lluvia. Sus hombros están cubiertos de amontonada nieve; del rostro del anciano se precipitan caudalosos ríos, y el hielo eriza su fosca barba. Allí se paró por primera vez el dios nacido en el monte Cilene, sosteniéndose en sus alas inmóviles, lanzándose en seguida hacia el mar, semejante al ave que vuela humilde rasando las aguas alrededor de las playas y de los peñascos, en que abunda la pesca. No de otra suerte Mercurio, dejando las cumbres de su abuelo materno, volaba entre la tierra y el cielo hacia la arenosa playa de la Libia, y hendía los vientos. Apenas tocó con sus aladas plantas las cabañas de Cartago, vio a Eneas, que estaba echando los cimientos de las fortalezas y de las casa de la nueva ciudad. Ceñía una radiante espada con empuñadura de verde jaspe, y de los hombros le caía un manto de púrpura de Tiro, reluciente como lumbre, regalo de la opulenta Dido, obra de sus manos, en que había entretejido delicadas labores de oro. Al punto se llegó a él y le dijo: "¡Que ahí estás echando los cimientos de la soberbia Cartago, y sometiendo a una mujer, le edificas una hermosa ciudad, olvidando ¡ay! tu reino y tus intereses! El mismo rey de los dioses, que rige con su voluntad suprema el cielo y la tierra, me envía a ti desde el claro Olimpo; él mismo me ordena cruzar los raudos vientos para traerte estos mandatos! ¿En qué piensas? ¿Con que esperanzas pierdes el tiempo en las tierras de la Libia? Si nada te mueve la ambición de tan altos destinos, ni nada quieres acometer por tu propia gloria, piensa en Ascanio, que ya va creciendo; piensa en las esperanzas de tu heredero Iulo, a quien reservan los dioses el reino de Italia y la romana tierra". Dicho esto, despójose Mercurio de la mortal apariencia, sin aguardar la respuesta de Eneas, y se desvaneció ante su vista a lo lejos, confundiéndose con las leves auras.

### **Eneas debe decidir entre el amor por Dido o cumplir su glorioso destino en el Lacio**

Enmudeció Eneas, consternado ante aquella aparición, y se erizaron de horror sus cabellos, y la voz se le pegó a la garganta. Atónito con tan grave aviso y con el expreso mandato de los dioses, arde ya en deseos de huir y abandonar aquel dulce y amado suelo; mas ¡ah! ¿Cómo hacerlo? ¿Con qué razones osará ahora tantear la voluntad de la apasionada Reina? ¿Por dónde empezar a prepararla? Y mil rápidos pensamientos se suceden en su mente y la agitan en todos sentidos. Después de larga indecisión, este partido le pareció el más acertado: llama a Mnesteo y a Sergesto y al fuerte Seresto, y les manda que con sigilo aparejen la escuadra y reúnan a sus compañeros en la playa, que aperciban las armas y disimulen la causa de aquellas novedades, mientras él, cuando aún nada sepa la noble Dido, ni se espere a ver roto un tan grande amor, verá qué medios podrán tentarse, cuál ocasión será la más propicia para hablarla y como se sale mejor de

aquel trance. Todos al punto obedecen y ejecutan sus órdenes. Empero la Reina (¿quién podría engañar a una amante?) presintió la trama y supo la primera los movimientos que se preparaban, recelándose de todo en medio de su seguridad. La misma impía Fama fue quien llevó a la enamorada Dido la nueva de que se estaba armando la escuadra y disponiéndose la partida; con lo que enfurecida, inflamada y fuera de sí, recorre toda la ciudad, cual bacante agitada al principiarse los sacrificios, cuando la estimulan las orgías trienales, oída la voz de Baco y la llaman los nocturnos clamores de Citaron. Vase, en fin, a Eneas y le interpela en estos términos: "¿Esperabas, pérfido, poder ocultarme tan negra maldad y salir furtivamente de mis estados? Y ¿no te contiene mi amor, ni esta diestra, que te di en otro tiempo, ni la desastrosa muerte que espera a Dido? Además, y como si todo eso no bastara, aparejas tu escuadra en la estación invernal y te apresuras a darte al mar cuando soplan los aquilones, ¡cruel! Dime: aun cuando no te dirigieses a extranjeros campos y a moradas desconocidas, aun cuando todavía permaneciese en pie la antigua Troya, ¿iría tu escuadra a buscar a Troya surcando borrascosos mares? ¿Huyes de mí por ventura? Por estas lágrimas mías, por esa tu diestra (pues todo ¡mísera de mí! te lo he abandonado), por nuestro enlace, por nuestro comenzado himeneo, si algo merezco de ti, si alguna felicidad te he dado, yo te suplico que te compadezcas de este amenazado reino, y si aún los ruegos pueden algo contigo, renuncio a ese propósito. Por ti me aborrecen las naciones de la Libia y los tiranos de los Nómadas; por ti me he hecho odiosa a los tirios; por ti, en fin, he sacrificado mi pudor y perdido mi primera fama, único bien que me remontaba hasta los astros. ¿A quién me abandonas moribunda, ¡oh huésped!, pues sólo este nombre queda al que fue mi esposo? ¿Qué aguardo? ¿Acaso a que mi hermano Pigmalión venga a destruir mis murallas, o a que el gétulo Iarbas me lleve cautiva? ¡Si a lo menos antes de tu fuga me quedase alguna prenda de tu amor; ¡si viese juguetear en mi corte un pequeñuelo Eneas, cuyo rostro infantil me recordase el tuyo, no me creería enteramente vendida y abandonada!" Dijo. Subyugado por el mandato de Júpiter, fijos los ojos, Eneas pugna por encerrar su dolor en el corazón; por fin le responde en breves palabras: "Jamás negaré ¡oh Reina! los grandes favores que me recuerdas; nunca me pesará acordarme de Elisa mientras conserve memoria de mí mismo, mientras anime mi cuerpo el soplo de la vida. Poco diré para justificarme: nunca me propuse, créelo, huir secretamente, pero tampoco pensé nunca encender aquí las teas de himeneo ni te di palabra de esposo. Si los hados me permitiesen disponer de mi vida y mis obligaciones a mi entero arbitrio, mi primer cuidado hubiera sido restaurar la ciudad de Troya y las dulces reliquias de los míos: aun subsistirían los altos alcázares de Príamo, y mi mano hubiera levantado para los vencidos un nuevo Pérgamo; pero ahora Apolo de Grineo me manda ir a la grande Italia, a Italia me envían los oráculos de la Licia: ¡allí está mi amor, allí mi patria! Si a ti, nacida en la Fenicia, te agrada habitar los palacios de la africana Cartago, ¿por qué has de impedir a los Teucros que vayan a establecerse en la Ausonia? Justo es que nosotros también busquemos un reino extranjero. Cuantas veces la noche cubre la tierra con sus húmedas sombras, cuantas veces se levantan los encendidos astros, la pálida imagen de mi padre Anquises me amonesta en sueños y me llena de pavor, y pienso en el niño Ascanio, en ese hijo querido, a quien estoy privando injustamente del reino de Hesperia y de los campos que le reservan los hados. Y aun ahora el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter (por mi padre y por mi hijo de lo juro), me ha traído por los rápidos vientos ese mandato: yo mismo con mis propios ojos vi al dios, bañado de viva luz, entrar en la ciudad y oí su voz con mis propios oídos. Cesa, pues, de agravar con tus quejas tu dolor y el mío; no por mi voluntad voy a Italia..." Mientras de esta suerte hablaba Eneas, Dido

tenía vuelto el rostro, retorciendo la vista a una y otra parte; luego le recorre de pies a cabeza con silenciosa mirada y exclama así, furiosa: "No, no fue una diosa tu madre, pérfido, ni vienes del linaje de Dárdano; el Cáucaso, erizado de duras peñas, te engendró y te amamantaron las tigres hircanas. Porque ¿a qué disimular? ¿a qué mayores ultrajes me reservo? ¿Acaso le ha conmovido mi llanto? ¿Ha vuelto los ojos hacia mí? ¿Ha llorado, vencido de mis lágrimas, o se ha compadecido de su amante? ¿Qué más he de sufrir? No, no; ni la poderosa Juno ni el hijo de Saturno ven estas cosas con ojos serenos. Ya no hay fe en el mundo; arrojado a la playa, mísero y necesitado de todo, le recogí y le di, insensata, una parte en mi reino y salvé su escuadra perdida y liberté de la muerte a sus compañeros. ¡Ah! ¡las Furias me queman, me arrebatan! ¡Ahora se me viene con el agüero de Apolo y con los oráculos de la Licia y con que el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter, le ha traído por los aires ese horrendo mandato, como si los dioses se afanasen por esas cosas, como si tales cuidados fuesen a turbar su reposo! Vete, no te detengo, ni quiero refutar tus palabras; ve, ve a buscar la Italia en alas de los vientos; ve a buscar un reino cruzando las olas. Yo espero, si algo pueden los piadosos númenes, que encontrarás el castigo en medio de los escollos y que muchas veces invocarás el nombre de Dido. Ausente yo, te seguiré con negros fuegos, y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado. Expiarás tu crimen, traidor; yo lo oiré y la fama de tu suplicio llegará hasta mí en la profunda mansión de los manes." Dicho esto, se interrumpe sin aguardar respuesta, y llena de dolor, se oculta a la luz del día y huye de los ojos de Eneas, dejándole indeciso y amedrentado, y disponiéndose a alegar y a esforzar nuevas razones. Sus doncellas la sostienen, la llevan casi exánime a su marmóreo aposento y la tienden en su lecho. En tanto el piadoso Eneas, aunque bien quisiera consolar a la triste Dido y calmar su afán con afectuosas palabras, gimiendo amargamente y quebrantado su ánimo por un grande amor, decide, no obstante, obedecer al mandato de los dioses y va a revistar su armada. Con esto los Troyanos redoblan su fervor y desencallan en toda la playa las altas naves. Ya flotan sobre las aguas las embreadas quillas; en su afán de emprender pronto la fuga, traen de las selvas hojosas ramas y maderas sin labrar, que emplean a guisa de remos... Por todas las puertas de la ciudad se los ve salir en tropel, como las hormigas, cuando saquean un gran montón de trigo, en previsión del invierno, y lo trasladan a su granero: va por los campos el negro escuadrón, llevándose su presa por angosta vereda entre la hierba: unas acarrear con grande empuje los granos mayores; otras reúnen las huestes y castigan a las morosas: hierve con la faena todo el sendero.

### **Dido decide su final**

¿Cuáles eran tus pensamientos ¡oh Dido! al presenciar aquellos preparativos? ¿qué gemidos exhalabas al ver desde lo alto de tu palacio hervir en gentes toda la playa y mezclarse todos aquellos clamores al estruendo del mar? ¡Cruel amor! ¿A qué no impeles a los mortales corazones? De nuevo tiene que recurrir a las lágrimas, de nuevo tiene que apelar a las súplicas y que doblar su orgullo bajo el yugo del amor, para que nada le quede por intentar antes de morir inútilmente. "Ana, le dice, ¿ves ese gran movimiento en la playa? Todos los Troyanos acuden a ella; ya las velas llaman al viento y ya alegres los marineros han ceñido las popas con guirnaldas. Yo debí prever este gran dolor; también podré sobrellevarle, ¡oh hermana mía! Sin embargo, Ana, concede todavía a la desgraciada Dido este único favor, ya que a ti sola demostraba ese pérfido, y aun te confiaba sus secretos pensamientos; tú sola conocías los caminos y la

ocasión de penetrar en el corazón de ese hombre. Ve, hermana, y suplicante habla a ese soberbio enemigo. Yo no juré en la Áulide con los griegos el exterminio de la nación troyana, ni envié una armada contra Pérgamo, ni arranqué de su sepulcro las cenizas y los manes de su padre Anquises; ¿por qué cierra el oído despiadado a mis palabras? ¿Por qué huye de mí tan precipitadamente? Conceda esta última merced a su desventurada amante; espera una fuga más fácil y vientos más prósperos. Ya no reclamo la antigua fe, que ha violado, ni que se prive por mí de su hermano Lacio, ni que renuncie a su reino; sólo pido un breve plazo, un poco de descanso y de tiempo para calmar mi delirio, mientras la fortuna me enseña a llorar, vencida y resignada. ¡Ten compasión de tu hermana! este postrer favor te pido, y si me lo concedes, mi gratitud, cada día mayor, te acompañará hasta la hora de mi muerte." Tales eran sus súplicas, tales los lamentos que su afligida hermana lleva y vuelve a llevar continuamente a Eneas; pero él a todos permanece insensible y nada quiere oír: a ello se oponen los hados, y un dios le cierra el oído a la compasión. Como cuando los vientos de los Alpes luchan entre sí por descuajar con su empuje en todas direcciones una robusta y añosa encina, y rugen con furor, y sacudiendo su trono, cubren toda la tierra en torno desgajadas ramas, mientras ella persevera clavada en las rocas, y tanto levanta su copa por le etéreas auras cuanto hunde sus raíces en el Tártaro; no de otra suerte el héroe, combatido por aquellas incesantes súplicas, vacila a veces, y su gran corazón devora el dolor; pero su resolución persevera innoble y en vano le asedian las lágrimas. Entonces la desgraciada Dido, consternada en vista de su cruel destino, implora la muerte. La luz del día llena su corazón de amargura, y como para más impulsarla a su propósito de quitarse la vida, vio, ¡horrible presagio! mientras estaba ofreciendo donativos y quemando incienso en las aras, ennegrecerse los sagrados licores y convertirse en impura sangre los derramados vinos. A nadie, ni aun a su misma hermana, refirió aquella visión. Había además en su palacio un templo de mármol, consagrado a su primer esposo, el cual solía decorar con admirable pompa, ciñéndole de blancos vellones y de sagradas ramas. De allí, cuando la oscura noche cubre la tierra, parecióle que salían voces y palabras de su esposo, que la llamaba, y que muchas veces un búho, solitario en la más alta torre de su palacio, se lamentaba con lúgubre canto, exhalando largos y lastimeros gemidos. Numerosas predicciones de los antiguos vates la espantan además con terribles avisos. El mismo cruel Eneas se le aparece en sueños y la agita y enloquece; siempre se imagina verse abandonada y sola, y cree ir siempre andando por un largo camino, de nadie seguida, buscando a sus Tirios por un país desierto. Cual Penteo demente ve la turba de las Euménides y tiene siempre delante de sí dos soles y dos Tebas, o cual Orestes, hijo de Agamenón, cuando fuera de sí huye en la escena de su madre armada de teas y negras serpientes, y ve sentadas en el umbral del templo a las vengadoras Furias. Luego pues que, vencida por el dolor, se abandonó a la desesperación y resolvió morir, dispuso consigo misma a sus solas el modo y la ocasión de hacerlo; y componiendo el rostro para mejor disimular, la frente serena y radiante de esperanza, se dirige en estos términos a su afligida hermana: "Felicítame: ya he discurrido el medio de recobrar a Eneas, o de curarme de este amor que le profeso. Hay un lugar, término del país de los Etíopes, cerca de los confines del océano y del sol en su ocaso, donde el inmenso Atlante hace girar sobre sus hombros el eje del cielo, tachonado de ardientes estrellas. De allí ha venido y se me ha presentado una sacerdotisa de la nación masilia, antigua custodia del templo de las Hespérides, que guardaba en el árbol los sagrados ramos, y daba al dragón manjares, rociados de líquida miel y soporíferas adormideras. Esta promete sanar a su arbitrio con sus conjuros los pechos enamorados, o infundir en otros los tormentos del amor; atajar las corrientes de los

ríos y hacer que retrocedan los astros; y evoca los manes durante la noche; oirás a la tierra mugir bajo sus pies y verás bajar los olmos de las montañas. Testigos me son los dioses y tú, querida hermana, a quien tanto quiero, de que muy a pesar mío recorro a artes mágicas. Levanta secretamente en el interior del palacio y al aire libre una pira, y coloca encima las armas de Eneas, que el impío dejó colgadas en nuestro tálamo, y todas las prendas que de él me quedan, y el mismo tálamo conyugal en que perecí: la sacerdotisa manda que destruya todos los recuerdos de ese hombre odioso". Dicho esto, calló y su rostro se cubrió de palidez; Ana, sin embargo, no sospecha que su hermana encubra bajo aquellos desusados sacrificios proyectos funerales, ni se imagina que a tanto llegue su delirio, ni teme que sea entonces mayor su desesperación que cuando murió Siqueo; así, pues, obedeció sus órdenes... Luego que se ha levantado en el interior de su palacio una gran pira al aire libre, con teas y ramas de encina, enguirnalda la Reina aquel recinto, le corona con fúnebre ramaje, y coloca 9 sobre el tálamo los vestidos de Eneas, su espada y su imagen, segura de la suerte que le aguarda. Varios altares rodean la pira, y la sacerdotisa, suelto el cabello, invoca tres veces con voz tonante a los cien dioses infernales, al Erebo, al Caos, a la triforme Hécate, a Diana, la virgen de tres caras; al mismo tiempo derrama turbias aguas para simular las del averno, y el zumo de aquellas vellosas hierbas segadas a la luz de la luna con podadera de cobre, que destilan negro veneno, a que mezcla el hipomanes arrancado de la frente de potro recién nacido, arrebatado a la madre... La reina misma, descalzo un pie y desceñida la túnica, presenta a los altares con sus piadosas manos la sagrada mola, y próxima a morir, toma por testigo a los dioses y a los astros, sabedores de su fatal destino; y si hay algún numen vengador de los amantes burlados, implora su justicia. Era la noche, y los fatigados cuerpos disfrutaban en la tierra apacible sueño; descansaban las selvas y los terribles mares. Era la hora en que llegan los astros a la mitad de su carrera, en que callan los campos, y en que los ganados y las pintadas aves, y lo mismo los animales que habitan en los extensos lagos, que los pueblan los montes, entregados al sueño en el silencio nocturno, mitigaban sus cuidados y olvidaban sus faenas. No así la desventurada Dido, a cuyos ojos nunca llega el sueño, a cuyo pecho nunca llega el descanso, antes la noche aumenta sus penas y reanima y embravece su amor, mientras su corazón fluctúa en un mar de iras. Párase al fin, y hablando consigo misma, revuelve en su mente estos pensamientos: "¿Qué debo hacer? ¿He de exponerme a que se burlen de mí mis antiguos pretendientes, solicitando enlazarme con alguno de esos reyes nómadas, a quienes tantas veces desdeñé por esposos? ¿Seguiré por ventura la armada troyana, y me someteré cual esclava a las órdenes de los Teucros? ¿A fe que debo estar satisfecha de haberles dado auxilio, y que guardan buena memoria y gratitud insigne de los favores recibidos! Pero ¿me lo permitirían acaso, aun cuando yo quisiera? ¿me recibirían en sus soberbias naves, siéndoles aborrecida? ¿Ignoras, ¡ay! ¡miserable! no conoces todavía los perjuros de la raza de Laomedonte? ¿Qué debo hacer, pues? ¿Acompañaré sola y fugitiva a esos soberbios mareantes, o me uniré a ellos seguida de mis Tirios y de mis pueblos todos? ¿Expondré de nuevo a los azares del mar, de nuevo mandaré dar al viento la vela a los que con tanto afán arranqué de la ciudad sidonia? ¡No! muere más bien como mereces, y aparta el dolor con el hierro. ¡Tú, la primera, hermana; ¡tú, vencida de mis lágrimas y de mi ciega pasión, me has traído estas desgracias y me has entregado a mi enemigo! ¡Plugiera a los dioses que, inocente y libre, hubiera vivido, como las fieras, sin probar tan crueles angustias! ¡Ojalá hubiese guardado la fe prometida a las

cenizas de Siqueo!” Tales lamentos lanzaba Dido de su quebrantado pecho. Decidido ya a partir, y todo dispuesto, durmiendo estaba Eneas en su alta nave, cuando vio la imagen del mismo numen que ya antes se le había aparecido; imagen en un todo semejante a Mercurio, por la voz, por el color, por su rubio cabello y juvenil belleza, y de nuevo se le figuró que le hablaba así: "Hijo de una diosa, ¿y puedes dormir en este trance? ¿no ves los peligros que para lo futuro te rodean? ¡Insensato! ¿no oyes el soplo de los céfiros bonancibles? Resuelta a morir, Dido revuelve en su mente engaños y maldades terribles, y fluctúa en un mar de iras. ¿No precipitas la fuga mientras puedes hacerlo? Pronto verás la mar cubrirse de naves y brillar amenazadoras teas; pronto verás hervir en llamas toda la ribera si te coge la aurora detenido en estas tierras. ¡Ea, ve! ¡no más dilación! La mujer es siempre voluble." Dicho esto, se confundió con las sombras de la noche. 10 Aterrado Eneas con aquellas repentinas sombras, se arranca al sueño y hostiga a sus compañeros, diciéndoles: "Despertad al punto, remeros, y acudid a vuestros bancos. ¡Pronto, tendad las velas! Por segunda vez un dios, enviado desde el alto éter, me insta a acelerar la fuga y a cortar los retorcidos cables. Quienquiera que seas, poderoso dios, ya te seguimos, y por segunda vez obedecemos jubilosos tu mandato. ¡Oh! ¡asístenos propicio y haz brillar para nosotros en el cielo astros favorables! Dijo, y desenvainado la fulmínea espada, corta de un tajo las amarras. Su ardor cunde en todos al mismo instante; todos se apresuran y se precipitan, todos abandonan las playas; desaparece la mar bajo las naves; a fuerza de remos levantan olas de espuma y barren los cerúleos llanos. Ya la naciente Aurora, abandonando el dorado lecho de Titón, inundaba la tierra de nueva luz, cuando vio la Reina desde la atalaya despuntar el alba y alejarse en orden la armada; vio también desierta la playa y el puerto sin remeros; y golpeándose tres y cuatro veces el hermoso pecho y mesándose el rubio cabello, "Oh, Júpiter! exclamó, ¡se me escapará ese hombre!, ¡ese advenedizo se habrá burlado de mí en mi propio reino! ¿Y los míos no empuñarán las armas, no saldrán de todas partes a perseguirlos, y no arrancarán las naves de los astilleros? Id, volad, vengan llamas, dad las velas, mano a los remos... ¿Qué digo? ¿dónde estoy? ¿qué desvarío me ciega? ¡Dido infeliz! ¡ahora adviertes su maldad! valiera más que la advirtieras cuando le dabas tu cetro. Esa es su palabra, esa su fe, ¡ese es el hombre de quien cuentan que lleva consigo sus patrios penates y que sacó de Troya sobre sus hombros a su anciano padre! ¿No pude apoderarme de él y despedazar su cuerpo y dispersarlo por las olas, y acuchillar a sus compañeros y al mismo Ascanio, y ofrecerle por manjar en la mesa de su padre?... Tal vez en esa lid la victoria hubiera sido dudosa. ¡Y que lo fuese! Destinada a morir, ¿qué tenía yo que temer? Yo hubiera llevado las teas a sus reales, hubiera incendiado sus naves y exterminado al hijo y al padre con toda su raza, y a mí misma sobre ellos... ¡Oh sol, que descubres con tu luz todas las obras de la tierra, y tú oh Juno, testigo y cómplice de mi desgracia! ¡Oh Hécate, por quien resuenan en las encrucijadas de las ciudades nocturnos aullidos! y ¡oh vosotras, Furias vengadoras, y oh dioses de la moribunda Elisa, escuchad estas palabras, atended mis súplicas y convertid sobre esos malvados vuestro numen vengador! Si es forzoso que ese infame arribe al puerto y pise el suelo de Italia; si así lo exigen los hados de Júpiter, y este término es inevitable, que a lo menos, acosado por la guerra y las armas de un pueblo audaz, desterrado de las fronteras, arrancado de los brazos de Iulo, implore auxilio y vea la indigna matanza de sus compañeros; y cuando se someta a las condiciones de una paz vergonzosa, no goce del reino ni de la deseada luz del día, antes sucumba a temprana muerte



y yazga insepulto en mitad de la playa. Esto os suplico; este grito postrero exhalo con mi sangre. Y vosotros, ¡oh Tirios! cebad vuestros odios en su hijo y en todo su futuro linaje; ofreced ese tributo a mis cenizas. Nunca haya amistad, nunca alianza entre los dos pueblos. Alzate de mis huesos, ¡oh vengador, destinado a perseguir con el fuego y el hierro a los advenedizos hijos de Dárdano! ¡Yo te ruego que ahora y siempre, y en cualquier ocasión en que haya fuerza bastante, lidien ambas naciones, playas contra playas, olas contra olas, armas contra armas, y que lidien también hasta sus últimos descendientes!". Esto diciendo, revolvía mil proyectos en su cabeza, discurriendo el medio de quitarse lo más pronto posible la odiosa vida. Llama entonces a Barce, nodriza de Siqueo (pues su antigua patria guardaba las negras cenizas de la suya), y le dice: "Dispón, querida nodriza, que venga aquí mi hermana; dile que se apresure a purificarse en las aguas del río, y traiga consigo las 11 víctimas y las ofrendas expiatorias que ha pedido la sacerdotisa; hecho esto, venga en seguida. Tú, por tu parte, ciñe a tus sienes las sagradas ínfulas; quiero consumir el sacrificio que tengo preparado al supremo numen infernal, poner término a mis ansias y entregar a las llamas la efigie del Troyano." Dijo, y la anciana acelera el paso con senil premura. Entre tanto Dido, trémula y arrebatada por su horrible proyecto, revolviendo los sangrientos ojos y jaspeadas las temblorosas mejillas, cubierta ya de mortal palidez, se precipita al interior de su palacio, sube furiosa a lo alto de la pira y desenvaina la espada de Eneas, prenda no destinada ¡ay! a aquel uso. Allí, contemplando las vestiduras troyanas y el conocido tálamo, después de dar algunos momentos al llanto y sus recuerdos, reclinóse en el lecho y prorrumpió en estos postreros acentos: "¡Oh dulces prendas, mientras lo consentían los hados y un dios, recibid esta alma y libertadme de estos crudos afanes! He vivido, he llenado la carrera que me señalara la fortuna, y ahora mi sombra descenderá con gloria al seno de la tierra. He fundado una gran ciudad, he visto mis murallas. Vengadora de mi esposo, castigué a un hermano enemigo. ¡Feliz, ¡ah! demasiado feliz con sólo que nunca hubiesen arribado a mis playas las dardanias naves!" Dijo, y besando el lecho. "¡Y he de morir sin venganza! exclamó. Muramos: así, así quiero yo descender al abismo. Apaciente sus ojos desde la alta mar el cruel Dardanio en esta hoguera, y lleve en su alma el presagio de mi muerte." Dijo, y en medio de aquellas palabras, sus doncellas la ven caer a impulso del hierro, y ven la espada llena de espumosa sangre y sus manos todas ensangrentadas. Inmenso clamor se levanta en todo el palacio; cual bacante, la Fama recorre en un momento toda la aterrada ciudad; retiemblan todos los edificios con los sollozos y los alaridos de las mujeres; resuena el éter con grandes lamentos, no de otra suerte que si Cartago toda entera o la antigua Tiro se derrumbasen, entregadas al enemigo, y cundiesen furiosas llamas por casa y templos. Despavorida, exánime oye Ana los clamores, acude precipitadamente, y desgarrándose el rostro con las uñas y golpeándose el pecho, atropella a todos y llama a gritos a la moribunda Dido: "¡Este era, oh hermana, el sacrificio que disponías! ¡Así me engañabas! ¡Esto me preparaban esa pira, esa hoguera y esos altares! Abandonada de ti, ¿por dónde he de empezar mis lamentos? ¿Te desdeñaste de que tu hermana te acompañase en tu muerte? ¡Ah! ¿por qué no me llamaste a compartir tu destino? El mismo dolor, la misma hora nos hubiera arrebatado a ambas a impulso del hierro. ¡Y yo levanté esa pira con mis propias manos, yo misma invoqué a los dioses patrios, para que, tú ¡cruel! en ese duro trance, yo no estuviera presente! ¡Te mataste y me matas, hermana, y a tu pueblo y al Senado y a tu ciudad! Agua, dadme agua con que lave sus heridas, y si aún vaga en su boca un postrer aliento, le recogeré con la mía." Esto diciendo, había subido las gradas de la pira, y estrechaba al calor de su regazo, entre gemidos, a su hermana moribunda, y le enjugaba con sus ropas la

negra sangre. Dido se esfuerza por levantar los pesados ojos, y de nuevo cae desmayada; con la profunda herida que tiene debajo del pecho sale silbando su aliento. Tres veces se incorporó, apoyándose sobre el codo, y tres volvió a caer en su lecho; busca con errantes ojos la luz del cielo, la encuentra y gime. Entonces la omnipotente Juno, compadecida de aquel largo padecer y de aquella difícil agonía, manda desde el Olimpo a Iris para que desprenda de los miembros aquella alma, afanada por romper su prisión; porque muriendo la desventurada Dido, no por natural ley del destino ni en pena de un delito, sino prematuramente y arrebatada de súbito furor, aún no había Proserpina cortado de su frente el rubio cabello ni consagrado su cabeza al Orco estigio. Iris, pues, desplegando en los cielos sus alas, húmedas de rocío, que tiñe el opuesto sol de mil varios colores, se para sobre la cabeza de la Reina: "Cumpliendo con el mandato que he recibido, llevo este sacrificio a Dite y te desligo de este cuerpo." Dice así y corta el cabello con la diestra; disipase al punto el calor, y la vida se desvanece en los aires.

1- Lee el siguiente texto sobre la vida de Eneas y completa el cuadro

## ENEAS

Eneas: héroe troyano hijo de Anquises y de la diosa Venus. En la guerra de Troya fue salvado por los dioses porque tenía una importante misión que cumplir en el futuro. Después de la caída de Troya, logró llegar a Italia y fundar, luego de cruentas luchas, la ciudad de Albalonga, ciudad madre -metrópolis- a su vez, de la gloriosa Roma.

1-

Aquello era el fin. Troya ardía bajo el odio de los invasores que después de diez años habían logrado tomarla. El príncipe troyano Eneas, luego de intentar inútilmente la defensa, trataba de convencer a su anciano padre de que la única salida para sobrevivir, era la fuga.

- Vamos, padre, no hay tiempo que perder... el incendio consume a la ciudad. Troya está perdida, he visto la masacre delante del templo... nos queda únicamente la huida por mar. Las naves nos esperan. Algunas familias partirán con nosotros y llevaremos las imágenes de los dioses protectores de la ciudad. Ya mi esposa Creusa ha preparado al pequeño Ascanio, y todo está listo para el viaje. No hay que demorarse.

- No, Eneas, hijo amado. La vejez me ha vuelto lento e inútil. Me quedaré para morir en esta casa, tan amada, los dioses lo quieren así. Tú debes salvarte con Creusa y mi precioso nieto.

- Pero no sin ti... vamos, acepta mi brazo. Ya están acá Creusa y nuestro Ascanio, tu nieto.

-No, he dicho que no, mi vida ha terminado.

Un trueno terrible traspasó el espacio, y en ese mismo momento, la cabeza del niño que la madre traía en brazos, se encendió en llamas. Con espanto, los circunstantes vieron como los hermosos rulos del pequeño eran inundados por un fuego dorado, que parecía besar la cabecita, lamiendo suavemente la piel, sin causar ningún daño y sin rendirse a las angustiadas manos de la madre que intentaban apagarlo. El anciano entonces dejó la timidez, abruptamente se incorporó ágil, con rara fuerza, y dijo con voz conmovida:

- ¡Prodigio! ¡Prodigio! ¡No temáis! Los dioses van a anunciar algo. El destino del niño debe continuar. Debemos salvarlo. ¡Mirad las estrellas!

Efectivamente, un sendero de luz plateada surgía al paso de una gran estrella que caía serenamente sobre el mar. Quedó su huella rutilante flotando por un rato en la oscuridad. Era la voluntad de los dioses.

- Sí, hijos míos. Ahora lo comprendo. Los dioses aceptan la partida. Sin duda nos señalan una misión a cumplir. No podemos rehusar. La estrella lo ha revelado.

El anciano Anquises fue colocado sobre los hombros del hijo, del piadoso Eneas, a babuchas, pues por sus años no podía caminar.

Salieron cual enjambre de sombras errantes, esquivando los derrumbes de los palacios incendiados, sin atreverse a mirar los cadáveres con que tropezaban y sin detenerse a escuchar el espanto que aullaba en cada una de los palacios de la vencida Troya.

2-

Durante años anduvo Eneas peregrinando a través del mar, hasta que una tormenta lo llevó a las costas del Africa, a la ciudad de Cartago. Allí vive la reina Dido, que le ha brindado hospitalidad y también le ha entregado su noble corazón. Muchas veces, ha

pedido al extranjero que le cuente su historia.

- Generosa reina Dido, me pides que te cuente de nuevo nuestra huida de Troya. Lo haré, a pesar del dolor. Como ya te expliqué, a poco andar, en medio del incendio de la ciudad, desapareció Creusa, mi esposa, para siempre. Por el peso de los bultos había quedado atrás, mientras yo me esforzaba con mi padre a costas y mi hijito, el pequeño Ascanio, de la mano. La busqué entonces, desesperado, y más tarde regresé de nuevo a ese lugar, pero fue en vano. Deseaba quedarme junto a ella, mas era imposible, los dioses ordenaban otra cosa. Dominé mi corazón y me dispuse a partir. Luego vino la difícil travesía por mar: equivocamos rutas, monstruos y borrascas diezmaron el grupo; en el camino murió mi padre.

La voz grave del joven parece que va a apagarse, pero continúa:

- Tu hospitalidad nos ha ofrecido refugio cordial en esta ciudad, pero la misión no ha concluido, aún nos llama lejos. Hesperia es nuestro destino.

La reina se estremece. Tiene en la falda al pequeño Ascanio, que vino desde las naves con su padre y lo acaricia con ternura. Con la ternura con que desearía acariciar a Eneas, del cual se ha enamorado perdidamente. Bastó verlo llegar a la ciudad, cauteloso en medio de sus hombres agotados, tostado por los aires marinos, con una delicada expresión de respetuosa nobleza. Ni el más altivo de sus príncipes cubierto de oro y pedrería tenía la gentileza del joven navegante, la prestancia de su físico entre las pobres ropas con remiendos, la delicadeza viril de sus gestos, el encanto de esa voz iluminada por la gracia de aquella sonrisa un poco triste...

Ella no era, no es feliz. Viuda en plena juventud, rodeada de pueblos enemigos, se ha prometido a sí misma que no volverá a casarse, que dedicará el resto de su vida a ser la mejor reina de la naciente Cartago. Pero su belleza ya le ha traído problemas. Muchos reyes vecinos han venido a llevársela, casi por la fuerza; sin embargo, ha sabido permanecer fiel a su juramento. Ahora, inclina la cabeza altiva, disimula con fino gesto de su mano la lágrima que pugna por salir y hunde el bello rostro encendido, de perfil perfecto, en la cabellera del hijito de Eneas. Su broche de esmeraldas termina por enredarse en los rizos infantiles, y la reina y el niño ríen divertidos, una y otra vez.

3-

Pero... allá, en el mundo de los dioses, otra era la realidad. La diosa Hera<sup>15</sup> no ríe, quiere que Eneas se olvide de su destino, y enamorado de Dido, quede allí para siempre, en Cartago. Por eso -cosas de diosa-, ha permitido que Venus Afrodita -la madre de Eneas, hijo de diosa y mortal<sup>16</sup>- haga un terrible cambio, del que nadie deberá enterarse. El verdadero hijo de Eneas, el niño Ascanio<sup>17</sup>, duerme tranquilo en las naves, y el que ha tomado su forma idéntica, y se ha sentado en las faldas de la reina no es él sino Eros, el dios del amor en persona. ¡Pobre Dido! Acuna en su regazo al Amor mismo, besa embelesada el rostro del disfrazado dios, aspira su fragancia, ignora que minuto a minuto un fuego abrasador comienza a circular por sus venas, y que la fuerza de sus decisiones caerá fulminada por el frenesí de la pasión.

Loca de amor se olvida por días enteros de sus deberes de reina. Ya no entiende de leyes y decretos, ni dirime juicios, ni honra a los dioses. Sólo quiere, insensata, que ese hombre sea su esposo y le dé un hijo que repita su rostro amado. Pero los dioses tienen otros planes: el héroe debe partir. Pese a su dolor no puede quedarse.

<sup>15</sup>Hera odiaba a los troyanos y no quería su gloria futura. Afrodita quería proteger a su hijo Eneas, y por eso hizo nacer la pasión en Dido.

<sup>16</sup>Afrodita Venus era la madre y Anquises, un troyano, el padre.

En la alta noche Eneas dirige la nave. El viento marino despeja su cabeza donde todavía clama la voz de Dido:

- No te vayas príncipe, ya ves cuánto te amo. Tu reino puede ser esta tierra, entre los dos podemos hacerlo poderoso y grande. ¿No recuerdas que hasta ayer ese **era** nuestro plan? ¿O todo ha sido un sueño?

- Reina gentil, anoche los dioses me enviaron, sorpresivamente, un sueño. De nuevo escuché los gritos de Troya, y en medio de ellos, recibí la orden de seguir. Recordé que ese **era** mi destino. No puedo quedarme, hay una misión que debe cumplirse, que tengo que cumplir. Perdona este dolor que te causo, tienes para siempre nuestro agradecimiento.

Y luego vino el reproche, los lamentos, la ira ciega, el paroxismo. Por eso, a escondidas, han preparado las naves y han salido silenciosos. Sin embargo, asombra a Eneas el resplandor que vislumbra en la costa que acaban de dejar, y le parece oír, en medio del rumor acompasado de los remos, quejidos y lamentos. Acaso... ¿ocurre algo en el palacio real?

Mas pronto la plateada luz del alba marca un nuevo horizonte y con la brisa fresca de la mañana termina por alejarse todo clamor...

4-

Los años y los sufrimientos han respetado el noble rostro del héroe, que ahora tiene al hijo adolescente prendido de su voz:

- Querido Ascanio, por fin hemos logrado la tierra que los dioses indicaban. Tienes que amarla y defenderla con todo tu ser, porque mucho, muchísimo le ha costado a mi corazón. Primero Creusa, la que **era** tu dulce madre, y luego aquella inolvidable Dido, la bellísima reina de Cartago, que en la noche de la partida, se quitó la vida por mí. Así lo quiso **Hera**, diosa cruel.

Ya en tierra itálica, sabes que descendí al mundo infernal. Conocí gracias al alma de mi padre Anquises, el magnífico futuro que aguarda a nuestro pueblo. Tú serás el fundador de Albalonga, y de esa ciudad descenderá una nueva ciudad grandiosa, que gobernará al mundo. Su nombre será Roma. Al ver sus glorias futuras comprendí el sentido de la misión y me di cuenta de que a veces vale la pena vencerse, doblegar el corazón y dejar que otros ideales manden. No me arrepiento, Roma debe ser la eterna novia de su pueblo, por ella y para ella se debe vivir y morir. Tú lo sabes pues has participado en la terrible guerra al llegar al Lacio, después de la larga travesía por mar. Pero ahora puede concretarse la promesa del rey Latino<sup>18</sup>: la joven princesa Lavinia será mi esposa y sellará nuestra alianza. Con ella se inicia un nuevo linaje, capaz de amalgamar la tradición de Troya milenaria, con la fuerza de pueblos jóvenes. Esto es el comienzo. Y con él, tenemos pasado y presente para el futuro del mundo.

Calla Eneas. Sus bellos ojos profundos no olvidan la dulzura de Creusa ni la pasión de Dido. ¡**Hera** supo hacer doler! Sin embargo, los dioses parecen haberle dado un nuevo corazón. Sí, ese con que ama a Lavinia, una muchacha sencilla y pura, con perfume a flores silvestres, la que con su alegría de vivir ha despertado en él un nuevo motivo para renacer...

Los dioses no tienen apuro, pero saben premiar a su tiempo, la obediencia y la piedad.



<sup>17</sup>El niño se llamaba también Lulo.

<sup>18</sup>Latino: rey del Lacio que desea la unión de su hija Lavinia con Eneas el troyano, llegado a su tierra, en Italia.

Apartado	Personajes	Acciones principales
1		
2		
3		
4		

## Guía de lectura del Libro IV de “La Eneida” de Virgilio



- a) ¿Quién es Ana? ¿Cómo es la relación con Dido?
- b) ¿Qué confiesa Dido a Ana y qué siente? ¿Qué ha resultado de su antiguo amor?
- c) Explique la siguiente frase dicha por Dido: ¡oh pudor! antes de que yo te viole o de que infrinja tus leyes.
- d) ¿Qué le responde Ana? ¿En qué ámbitos afirma su consejo?
- e) ¿Qué hacen Ana y Dido luego de su charla? Comente qué sucede con la actitud de Dido y la ciudad de Cartago.
- f) ¿Qué planean Juno y Venus? ¿Cuál es el verdadero propósito de cada una?
- g) Una vez que sucede la tormenta, ¿qué pasa entre Eneas y Dido? Justifique por qué el narrador dice: “Fue aquel día el primer origen de la muerte de Dido y el principio de sus desventuras, pues desde entonces nada le importe de su decoro ni de su fama; ya no oculta su amor, antes le da el nombre de conyugal enlace, y con este pretexto disfraza su culpa”.
- h) ¿Cuál es el rol de la Fama?
- i) ¿Quién es Iarbas? ¿Qué reclama a Júpiter?
- j) ¿Qué le dice Mercurio a Eneas? ¿Qué justificantes le dice para conmoerlo?
- k) ¿Qué planea Eneas? ¿Cómo se entera Dido y qué le reclama?
- l) ¿Qué amenaza le brinda Dido a Eneas?
- m) ¿Qué le dice Ana a Eneas? ¿Qué visión tiene Dido?
- n) ¿Qué concepción de mujer existía en la época a partir de las palabras que le dice Mercurio en sueños a Eneas?
- o) ¿Qué resolución toma Eneas? ¿Qué declara Dido en su amenaza?
- p) ¿Cuál es el final de la vida de Dido? Comente

## *Intertextualidades*

### *Lamentación de Dido* (Rosario Castellanos)

Guardiana de las tumbas; botín para mi hermano, el de  
la corva garra de gavián;  
nave de airosas velas, nave graciosa, sacrificada al  
rayo de las tempestades;

mujer que asienta por primera vez la planta del pie en  
tierras desoladas  
y es más tarde nodriza de naciones, nodriza que  
amamanta con leche de sabiduría y de consejo;  
mujer siempre, y hasta el fin, que con el mismo pie de  
la sagrada peregrinación  
sube —arrastrando la oscura cauda de su memoria—  
hasta la pira alzada del suicidio.

Tal es el relato de mis hechos. Dido mi nombre. Destinos como el mío se han pronunciado desde la  
antigüedad

con palabras hermosas y nobilísimas.

Mi cifra se grabó en la corteza del árbol enorme de las  
tradiciones.

Y cada primavera, cuando el árbol retoña,  
es mi espíritu, no el viento sin historia, es mi espíritu  
el que estremece y el que hace cantar su follaje.

Y para renacer, año con año,  
escojo entre los apóstrofes que me coronan, para que  
resplandezca con un resplandor único,  
éste, que me da cierto parentesco con las playas:  
Dido, la abandonada, la que puso su corazón bajo el  
hachazo de un adiós tremendo.

Yo era lo que fui: mujer de investidura desproporcionada  
con la flaqueza de su ánimo.

Y, sentada a la sombra de un solio inmerecido,  
temblé bajo la púrpura igual que el agua tiembla bajo  
el légamo.

Y para obedecer mandatos cuya incomprendibilidad me

sobrepasa recorrí las baldosas de los pórticos con la  
balanza de la justicia entre mis manos  
y pesé las acciones y declaré mi consentimiento para  
algunas —las más graves—.

Esto era en el día. Durante la noche no la copa del  
festín, no la alegría de la serenata, no el sueño  
deleitoso.

Sino los ojos acechando en la oscuridad, la  
inteligencia batiendo la selva intrincada de los textos  
para cobrar la presa que huye entre las páginas.

Y mis oídos, habituados a la ardua polémica de los mentores,  
llegaron a ser hábiles para distinguir el robusto sonido del  
oro

del estrépito estéril con que entrechocan los guijarros.

De mi madre, que no desdeñó mis manos y que me las  
ungió desde el amanecer con la destreza,  
heredé oficios varios; cardadora de lana, escogedora  
del fruto que ilustra la estación y su clima,  
despabiladora de lámparas.

Así pues tomé la rienda de mis días: potros domados,  
conocedores del camino, reconocedores de la querencia.  
Así pues ocupé mi sitio en la asamblea de los mayores.  
Y a la hora de la partición comí apaciblemente el pan  
que habían amasado mis deudos.

Y con frecuencia sentí deshacerse entre mi boca el  
grano de sal de un acontecimiento dichoso.

Pero no dilapidé mi lealtad. La atesoraba para el

tiempo de las lamentaciones,  
para cuando los cuervos aletean encima de los tejados  
y mancillan la transparencia del cielo con su graznido  
fúnebre  
para cuando la desgracia entra por la puerta principal  
de las mansiones  
y se la recibe con el mismo respeto que a una reina.

De este modo transcurrió mi mocedad: en el  
cumplimiento de las menudas tareas domésticas; en  
la celebración de los ritos cotidianos; en la  
asistencia a los solemnes acontecimientos civiles.

Y yo dormía, reclinando mi cabeza sobre una  
almohada de confianza.

Así la llanura, dilatándose, puede creer en la  
benevolencia de su sino,  
porque ignora que la extensión no es más que la pista  
donde corre, como un atleta vencedor,  
enrojecido por el heroísmo supremo de su esfuerzo, la  
llama del incendio.

Y el incendio vino a mí, la predación, la ruina, el  
exterminio  
¡y no he dicho el amor!, en figura de náufrago.

Esto que el mar rechaza, dije, es mío.

Y ante él me adorné de la misericordia como del  
brazaletes de más precio.

Yo te conjuro, si oyes, a que respondas: ¿quién

esquivó la adversidad alguna vez? ¿Y quién tuvo a  
desdoro llamarle huésped suya y preparar la sala  
del convite?

Quien lo hizo no es mi igual. Mi lenguaje se entronca  
con el de los inmoladores de sí mismos.

El cuchillo bajo el que se quebró mi cerviz era un  
hombre llamado Eneas.

Aquel Eneas, aquel, piadoso con los suyos solamente;  
acogido a la fortaleza de muros extranjeros; astuto,  
con astucias de bestia perseguida;  
invocador de númenes favorables; hermoso narrador  
de infortunios y hombre de paso; hombre  
con el corazón puesto en el futuro.

—La mujer es la que permanece; rama de sauce que llora en las orillas de los ríos—.

Y yo amé a aquel Eneas, a aquel hombre de promesa  
jurada ante otros dioses.

Lo amé con mi ceguera de raíz, con mi soterramiento  
de raíz, con mi lenta fidelidad de raíz.

No, no era la juventud. Era su mirada lo que así me  
cubría de florecimientos repentinos. Entonces yo  
fui capaz de poner la palma de mi mano, en signo  
de alianza, sobre la frente de la tierra. Y vi  
acercarse a mí, amistadas, las especies hostiles. Y  
vi también reducirse a número los astros. Y oí que  
el mundo tocaba su flauta de pastor.

Pero esto no era suficiente. Y yo cubrí mi rostro con la  
máscara nocturna del amante.

Ah, los que aman apuran tósigos mortales. Y el  
veneno enardeciendo su sangre, nublando sus ojos,  
trastornando su juicio, los conduce a cometer actos  
desatentados; a menospreciar aquello que tuvieron  
en más estima; a hacer escarnio de su túnica y a  
arrojar su fama como pasto para que hocen los cerdos.  
Así, aconsejada de mis enemigos, di pábulo al deseo y  
maquiné satisfacciones ilícitas y tejí un espeso  
manto de hipocresía para cubrirlas.

Pero nada permanece oculto a la venganza. La  
tempestad presidió nuestro ayuntamiento; la  
reprobación fue el eco de nuestras decisiones.

Mirad, aquí y allá, esparcidos, los instrumentos de  
la labor. Mirad el ceño del deber defraudado.  
Porque la molicie nos había reblandecido los tuétanos.  
Y convertida en antorcha yo no supe iluminar más que  
el desastre.

Pero el hombre está sujeto durante un plazo menor a la  
embriaguez.

Lúcido nuevamente, apenas salpicado por la sangre de  
la víctima,  
Eneas partió.

Nada detiene al viento. ¡Cómo iba a detenerlo la rama  
de sauce que llora en las orillas de los ríos!

En vano, en vano fue correr, destrenzada y frenética,  
sobre las arenas humeantes de la playa.

Rasgué mi corazón y echó a volar una bandada de  
palomas negras. Y hasta el anochecer permanecí,  
incólume como un acantilado, bajo el brutal  
abalanzamiento de las olas.

He aquí que al volver ya no me reconozco. Llego a mi  
casa y la encuentro arrasada por las furias. Ando  
por los caminos sin más vestidura para cubrirme  
que el velo arrebatado a la vergüenza; sin otro  
cíngulo que el de la desesperación para apretar mis  
sienes. Y, monótona zumbadora, la demencia me  
persigue con su aguijón de tábano.

Mis amigos me miran al través de sus lágrimas; mis  
deudos vuelven el rostro hacia otra parte. Porque la  
desgracia es espectáculo que algunos no deben  
contemplar.

Ah, sería preferible morir. Pero yo sé que para mí no  
hay muerte.

Porque el dolor —¿y qué otra cosa soy más que  
dolor?— me ha hecho eterna.

De Poemas (1953-1955)

## *Bucólica IV* (Autor Tulio Virgilio Marón)

Oh musas de Sicilia! Elevemos un poco el  
tono de nuestros cantos.

No todo el mundo ama las arboledas y los  
humildes tamarindos.

Si cantamos las selvas, que al menos sean  
dignas del cónsul.

Ha llegado la edad anunciada por la sibila de  
Cumae.

Todo empieza de nuevo y he aquí que  
empieza una nueva serie de siglos.

He aquí, asimismo, que vuelven la Virgen y el  
reino de Saturno

y que baja una generación nueva de las  
alturas del cielo.

Dígnate amparar ¡oh casta Lucina!

la cuna del niño cuyo nacimiento

significará el fin de la raza de hierro

y hará surgir en el mundo la raza de oro.

Reine ya en adelante tu hermano Apolo.

Es justamente bajo tu consulado ¡oh Polión!

cuando va a iniciarse esta edad gloriosa y

, bajo él, cuando los meses del Año Grande  
van a abrir su curso.

Si alguna huella quedase de nuestro crimen,  
no tendrá efecto alguno y su desaparición  
librará a la tierra de un terror perpetuo.

Este niño tomará existencia divina,  
verá mezclados los héroes con los dioses,  
le contarán éstos como uno más de ellos  
y gobernará el universo pacificado por las  
virtudes de su padre (...)

Todo rebosa alegría por el honor del siglo  
que llega.

¡Ojalá pudiera ver prolongarse mis últimos  
días!

¡Ojalá tuviese espíritu bastante para celebrar  
tus magnos hechos!...